EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CABALLERO DE GRACIA,

DRAMA TRADICIONAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS, POZAS,—2—2.°

1883.

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Anuncio de venta	1	D. J. Cuesta y Gayo	Todo.
Cambio de habitacion	1	G. Gorriz	»
Cortarse la coleta	1	E. Segovia	»
Contrastes matrimoniales	1	Federico Olona	»
En el portal de mi casa	1	Juan Maestre	»
La catástrofe de Casamicciola	1	Jaime Piquet	»
La desconocida de san Jorge	1	Vicente Cobos	»
Matrimonios modelo	1	R. Caruncho	»
Recuerdos de gloria	1	R. Caruncho	»
Venga de ahí	1	Juan Maestre	»
Una tiple averiada	1	Federico Olona	»
Un recalcitrante	1	Juan Marina	»
El asistente Quiñones	2	E. Zumel	«
El otro	3	Miguel Echegaray	»

EL CABALLERO DE GRACIA.

hbl, brtl Storage1021
Caballero de Gracia :
3 9153 00531672 6

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
La nuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. 5.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural. (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte. (2.ª edicion.)
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia. (2.ª edicion.)
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M de Barbieri.) (3.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (10.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)
La niña bonita. (M. de Caballero.)
Los hijos de Madrid. (M. de Cereceda
Boccaccio. (M. de Franz de Suppé.
La Africanita. (M. de Cereceda.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

EL CABALLERO DE GRACIA,

DRAMA TRADICIONAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL, el 21 de Noviembre de 1871.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.º 18.

Storage
1021

PERSONAJES.	ACTORES.
LEONOR	Doña Elisa Boldun.
JUSTINA	Rubio.
JACOBO	Don Rafael Calvo.
DON JUAN DE SILVA	Manuel Ossorio.
ANDRÉS	Antonio Pizarroso.
DON DIEGO	Ricardo Simó.
VAZQUEZ	Benito Pardiñas.
MENCHACA	Fernando Altarriba.
MARTIN	José Alisedo.
EMBOZADO 1.°	Alfredo Maza.
EMBOZADO 2.°	Francisco Mora.
MOZO 1.°	Manuel García.
MOZO 2.°	Eduardo Capa.
UN CRIADO	Joaquin Marcote.

La escena en Madrid.—Reinado de Felipe II.

Esta obra es propiedad de Doña María Loreto Gullon de Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. DON FRANCISCO GUIJARRO.

Á ese oscuro rincon donde vejetas va á hacerte una visita de mi parte *El Caballero de Gracia*.

Recíbele como cosa mia, y se dará por muy contento con la hospitalidad que le ofrezcas.

Ya sabes que es siempre tu verdadero amigo

LUIS MARIANO DE LARRA.

10 de Noviembre de 1871.

ACTO PRIMERO.

Calle. El teatro está dividido en dos partes: la tercera parte del escenario de la derecha le ocupa la sala interior de una hostería, con puerta y rejas practicables. En el muro de la derecha de la misma sala, puerta á lo interior. En el fondo y al lado de un mostrador pepueño, la bajada á la cueva. Sillas toscas y una mesa aparada como para una cena. La izquierda del teatro figura una calle que se pierde hasta el foro formando esquina. En primer término, á la izquierda, fachada del palacio de D. Juan de Silva, con balcon de piedra y rejas practicables (1).

ESCENA PRIMERA.

MARTIN, MOZO 1.° y 2.° en la hostería.

MARTIN. (Arreglando la mesa.)
Si cierra la noche en agua,
vendrán más presto que nunca.
Qué oscuridad!... Eh!... muchachos,
mano lista y lengua muda;
acelerad.

MOZO. 1.° Falta sólo
que de la cueva se suban
los vinos.

MARTIN. Negocio es eso
que nunca haré que te incumba.

(1) Todas las indicaciones están tomadas desde el actor, y no desde el espectador.

MOZO 1.° Por qué, Maese?
MARTIN. No creo
que te disgusta la uva.
MOZO 1.° En la cepa no me agrada.
MARTIN. Pero en el vidrio la buscas.
MOZO 1.° Qué quereis?... Acostumbrado
á ver que de ella disfrutan
cuantos á esta casa vienen...
MARTIN. Ya!
MOZO 2.° (¡Tacaño!)
MARTIN. Qué murmuras!
MOZO 2.° Yo... nada!...
MARTIN. Esta misma noche
saldrás de tantas angustias.
El galan Jacobo Gratis,
el corredor de aventuras,
el nuevo don Juan Tenorio
que á Madrid entero asusta,
el que maneja la espada
mejor que el duque de Osuna,
y tiene siempre en su bolsa
más piezas de oro que Fúcar,
honrar mi hostería quiere
esta noche.
MOZO 1.° ¡Qué fortuna!
Solo?
MARTIN. No, con otros lindos
de los que en la córte se usan,
de esos de rizada gola,
sombrero negro con pluma,
y espadilla más calada
que filigrana de azúcar.
Cena á las nueve me piden,
donde entre jácara y bulla,
agotarán del falerno
y del moscatel dos cubas;
cuanto en la mesa se quede,
vuestro es: quedará sin duda
lo bastante para estar
cuatro dias con hartura.
MOZO 1.° Bendigalos Dios!
(Suena una campanada en un reloj de torre.)

MARTIN. La media.
MOZO 2.° Decid...
MARTIN. Basta de preguntas:
aligeremos.—Tú, baja
conmigo. (Al Mozo 2.°)
MOZO 1.° (¡Dios te confunda!)
(Vánse Martin y el Mozo 2.° por la escalera que baja á la cueva.)

ESCENA II.

MOZO 1.°, continúa poniendo la mesa.

Habrá viejo marrullero!
Cómo de un golpe asegura
la ganancia de un banquete
y la cena que nos hurta.
¡Qué bien dispondrá en la cueva
las extratagemas que usa
para sacar más partido
cuando la razon se turba,
y cómo echará de fijo
en las botellas que suba,
vino de oro en las primeras
y de alquitran en las últimas!
Acabemos... que ya es tarde...

ESCENA III.

ULLOA, VAZQUEZ y MENCHACA en la calle, viniendo por el foro.

ULLOA. Era un esfinge, una bruja.
VAZQ. Castigo de seguir damas
cuando está la noche oscura.
ULLOA. Tenía un aire...
VAZQ. No es malo
el que esta noche se anuncia.
MENCH. Vamos adentro!...
VAZQ. Aún no es hora.
ULLOA. La hostería es más segura:
á lo ménos estaremos

al abrigo en tal zahurda
del cierzo y de los ladrones
que por este arrabal cruzan.

MENCH. Miedo teneis?

ULLOA. Diego Ulloa
no le ha conocido nunca.
Mas tanto me agrada
dar al viento filo y punta
por unos ojos de cielo
ó una garganta de espuma,
ó unas manos que responden,
ó unos lábios que preguntan,
ó un rebozo que prometa,
ó una sourisa que cumpla;
tanto ódio cruzar la espada
con malachines y chusma
para defender la bolsa
de tahures y garduñas.

VAZQ. Adentro, pues. (Se acercan á la hostería.)

ULLOA. ¡Ah de casa! (Llamando.)

VAZQ. Está cerrado. (En voz muy alta.)

MOZO. 1.° (En la hostería.) Se empuja.
(Todos entran en la hostería y cierran la puerta.)

ESCENA IV.

ULLOA, VAZQUEZ, MENCHACA, MOZO 1.°, en la hostería.

ULLOA. Humos gastas!

MOZO 1.° Usirías
me perdonen. Mi disculpa
sea ignorar quién llamaba.

VAZQ. Por sí ó por no, se pregunta.

MENCH. Y Martin?

MOZO 1.° Está en la cueva.

ULLOA. Dale una voz y que suba
para enjuagar las gargantas
aquel lágrima que él usa.

MOZO 1.° Maese!
(Llamando por la trampa que da á la cueva.)

MENCH. Ya está la mesa
preparada.

VAZQ. Bien se anuncia
la noche á juzgar por estas.
ULLOA. Sí, que las copas abundan.
VAZQ. Y puede saberse, Ulloa,
el motivo de esta junta?
ULLOA. Pues no. Ayer, junto á las gradas,
con Menchaca que me escucha,
pregunté á Jacobo Gratis
el fin de cierta aventura
que hace más de mes y medio
le distrae y preocupa;
y él con ese audaz aplomo
que tanto á las damas gusta,
me contestó que esta noche
sería en su afan la última,
y que aquí á las nueve en punto
entre la cena y la bulla
tendría el honor de darme
la respuesta á mi pregunta.
Llegais de Amberes, y yo
que sé bien que no os disgustan
de gente traviesa y moza
bromas, enredos y burlas,
os traigo á que alegremente
veais con qué galanura
sendas historias se cuentan
y sendas copas se apuran.
VAZQ. Pero ese Jacobo Gratis,
que es el anfitrion sin duda,
quién es?

ESCENA V.

DICHOS, MARTIN y MOZO 2.°, que sube de la cueva con botellas empolvadas.

MARTIN. Buena noche, hidalgos!
ULLOA. Ya era tiempo...
MARTIN. Halle disculpa
en mi tardanza lo añejo
de este topacio.
(Coloca las botellas sobre la mesa.)

ULLOA. Descubra,
maese, y dénos la prueba.
MARTIN. No esperais á quien apura
de un sorbo cada botella? (Destapando una.)
ULLOA. Es temprano.
VAZQ. Hola! Y quién usa
tal garganta y tal resuello?
MARTIN. Rara es aquí la pregunta.
El Modenés sin segundo,
el asombro de las musas,
el héroe de los romances,
Jacobo Gratis.
VAZQ. Me gusta
el apellido si en cenas
para nosotros le usa.
MARTIN. Donde él está nadie paga!
ULLOA. Hacednos de él la pintura,
que este hidalgo forastero
no le conoce.
VAZQ. Me gusta
este falerno! (Bebiendo.)
MARTIN. Como ese,
no ha venido á Madrid nunca.
ULLOA. Empezad vuestro relato.
MARTIN. Ruego que no me interrumpan.
Es el galan caballero
un hidalgo Modenés,
bizarro, bravo, cortés,
rico, amante y pendenciero.
Tiene á la amistad abierta
la bolsa y la voluntad,
y vive la caridad
en el umbral de su puerta.
Amparo del desvalido
es con el rico, orgulloso,
con el pobre, cariñoso
y noble con el vencido.
No es el galan bravucon
que cual retrato ilusorio
guarda de don Juan Tenorio
la popular tradicion;
no es aquel perdonavidas

que apunta orgulloso y frio
los muertos en desafío
y las mujeres perdidas.
No es el matachin villano
que á repugnancia provoca
con votos siempre en la boca,
con sangre siempre en la mano;
es el hidalgo cortés
con buena suerte y buen talle,
que en palacio y en la calle
va proclamando quién es.
Mas como no es ser perfecto
ninguno que al mundo viene,
hay que confesar que tiene
ese hidalgo un gran defecto.

ULLOA. Dígale, maese pinturas,
que no va el retrato mal.

VAZQ. Cuál es el defecto?

MARTIN. Es tal,
que le dará desventuras.

MENCH. Oiga!

MARTIN. No hay mujer nacida,
rica ó pobre, hermosa ó fea,
que de Jacobo no sea
adorada y perseguida.
Como una mujer le cuadre
y pierda al verla el sentido,
ni repara en si hay marido
ni retrocede si hay padre.
De sus aventuras miles
os darán exactas cuentas,
damas, hermanos, sirvientas,
comisarios y alguaciles.
Este es el galan cortés
y ese su génio y su trato;
si es exacto ó no el retrato
ya me lo direis despues.

ULLOA. Parecido está, maese;
vaya á su salud un trago. (Beben.)

VAZQ. Pues ya no me satisfago
sin verle.

ULLOA. Mirad no os pese.

VAZQ. Por qué?
ULLOA. Si dama teneis
y es hermosa...
VAZQ. No por Dios.
Os quitó la vuestra á vos? (Á Menchaca.)
MENCH. Más de cuatro y más de seis.
VAZQ. Tan bizarra es su figura?
ULLOA. Es un hombre adocenado.
VAZQ. Entónces...
ULLOA. Mas Dios le ha dado
tal acento de ternura,
tan bellísima expresion
y riqueza en frases tal,
que su lenguaje ideal
llega siempre al corazon.
VAZQ. La suerte con él esté
si con Luzbel tiene pacto
y le haga ser más exacto
á las citas que nos dé.
Vino! (Martin sirve.)
ULLOA. Si la cena es buena
aún podemos esperar.
MARTIN. Yo respondo que han de estar
á punto, anfitrion y cena.
(Siguen hablando y bebiendo en la hostería.)

ESCENA VI.

LEONOR, JUSTINA y JACOBO, en la calle.

LEONOR. (Deteniéndose al llegar frente á su casa.)
De aquí no habeis de pasar.
JACOBO. Fuera al infierno tras vos.
LEONOR. Caballero, guárdeos Dios.
JACOBO. Con vos ¿no me ha de guardar?
LEONOR. No es obligar perseguir.
JACOBO. Luego quereis que os obligue?
LEONOR. Puede haber quien os castigue.
JACOBO. Entónces, cómo me he de ir?
El que amenazado cede
nota de cobarde alcanza.
LEONOR. Y donde no hay esperanza,
qué buscar un hombre puede?

JACOBO. Donde hay alma que presienta,
donde hay ojos que fulguren,
donde hay lábios que murmuren,
donde hay corazon que sienta,
nunca halla el hombre cerrado
á la esperanza el camino
si le protege el destino,
y es leal y enamorado.
LEONOR. No es toda dama accesible
á empresas libres y locas.
JACOBO. Quién me detendrá?
LEONOR. Las rocas
de un honor y un imposible.
JACOBO. Es mayor mi amante fe.
LEONOR. Es que escucharos no puedo.
JACOBO. Es que os hablaré tan quedo
que ni yo mismo me oiré.
LEONOR. No sabeis quién soy y os da
sólo esa ignorancia brío.
JACOBO. Sé lo que es el amor mio,
y con él me basta ya.
LEONOR. Dejadme.
JACOBO. Hace muchos dias,
¡nunca por aquí pasára!
que ví asomar vuestra cara
detrás de esas celosías. (Señalando el palacio.)
Ví vuestra serena frente
libre de pesar y enojos,
y la luz de vuestros ojos
limpia, brillante y ardiente.
Ví esas cándidas mejillas
que el bello rubor colora,
como asoman en la aurora
las pintadas nubecillas.
Ví con esperanza loca
y con afan de cogerlas,
el rico monton de perlas
que guardais en vuestra boca.
Y ví, haciendo al sol agravios,
á vuestra intencion sumisa,
despertar vuestra sonrisa
en la cuna de esos lábios.

Si el alma es vivo reflejo
del cuerpo que le dá enojos
y son del alma los ojos
trasparente y claro espejo;
si el soplo de Dios fecundo
se ha regocijado en ella,
tendréis el alma más bella
que Dios ha enviado al mundo.
Ved si será mi pasion
pura, grande y verdadera,
sí el veros por vez primera
asomada á ese balcon,
hirieron mi grata calma
y encendieron mis pasiones
del cuerpo las perfecciones
y los tesoros del alma.

LEONOR. No soy libre.

JACOBO. Lo sé ya.

LEONOR. Soy honrada.

JACOBO. Ya lo sé.

LEONOR. Perdonad si os escuché
suponiendo que quizá
ignorabais de mi estado
y mi honrado nombre el brillo.
Esta casa es un castillo
á toda afrenta cerrado.
Don Juan de Silva es el dueño
de ese escudo y de mi honor:
ceda vuestro loco amor
y vuestro atrevido empeño,
que si ignorando quién era
pudisteís de amor hablarme,
ahora pudiera ultrajarme
cuanto ese amor me díjera.
Seguid de otra dama en pos
que libre os pueda escuchar,
y si cual sabeis hablar
amais, ampárela Dios.

JACOBO. Un momento...

LEONOR. No hagais tal.

JACOBO. Leonor!

LEONOR. Mi nombre sabeis!

JACOBO. Dadme esa mano.
LEONOR. Qué haceis!
No soy libre.
JACOBO. Por mi mal!
LEONOR. Idos.
JACOBO. No sin adoraros.
LEONOR. Llamaré.
JACOBO. Nada me importa.
LEONOR. Así un hidalgo se porta!
Ni debo ni quiero amaros.
Si es cierto que Dios me dió
los encantos que pintais,
de uno sólo os olvidaís.
y de él no me olvido yo.
Dióme el que es mejor espejo
que las niñas de los ojos,
pues es sin penas ni enojos
del alma limpio reflejo.
Dióme de santa salud
la eterna felicidad,
al darle á mi voluntad
el cristal de la virtud:
en él mi marido honrado
se mira desde que existo
por él, y nunca le ha visto
no ya roto, ni empañado.
Frágil vidrio me direís,
en manos que han de temblar...
como yo le sé guardar
no es fácil que le empañeis.
Hidalgo, dejadme aquí...
yo perdono vuestro error.
Llama, Justina...
(Justina se acerca y da un aldabonazo á la puerta del palacio.)
JACOBO. El amor
que os tengo...
LEONOR. No es para mí.
JACOBO. Del vuestro correré en pos.
LEONOR. Ya es tenaz descortesía.
JACOBO. Os adora el alma mia.
LEONOR. Ved...

JACOBO. Os amo!

LEONOR. Guárdeos Dios.

(La puerta se abre y entran en el palacio, cerrando tras sí.)

ESCENA VII.

JACOBO en la calle.

Jamás en mi âlma sentí
tan extraña turbacion,
y siento que el corazon
se quiere marchar tras tí.
Mujeres mas bellas ví,
y más altivas, tambien,
pero tu noble desdén
es tan sentido y es tal,
que hasta te enamoro mal
de puro quererte bien.
Qué es esto, corazon fuerte?
tú tan audaz y arrojado
cuando te ves á su lado
has dado en estremecerte.
¿Quién te trata de esta suerte,
quién te ha hecho sentir un mes
tan increible revés,
cómo tus bríos amantes
eran tan soberbios ántes
y tan humildes despues?
Amores mil has hollado
y los echó tu descuido
en el rincon del olvido
siempre á la pasion cerrado.
Con un imposible has dado
y en correr trás él te empeñas.
Si en ese amor te despeñas
ya mi desengaño es cierto;
dime, pues, si estás despierto,
porque en imposibles sueñas!
Necia preocupacion
é increible timidez!
No soy yo el mismo?... Pardiez!
oro tengo y ocasion...

alégrate, corazon,
con valor y juventud
recobrarás tu salud
consiguiendo á esa beldad.
Contra el oro y la maldad
poco puede la virtud.
(Llega á la hostería, abre la puerta y entra.)

ESCENA VIII.

JACOBO, ULLOA, VAZQUEZ, MENCHACA, MARTIN, MOZOS. En la hostería.

JACOBO. Buenas noches, caballeros.
MARTIN. Buenas, aunque algo tardías!
ULLOA. Ya empezaban á dudar.
JACOBO. De qué?
ULLOA. De vuestra venida.
JACOBO. Jamás á mis citas falto.
ULLOA. Nadie ha comprado su vida,
y el que como vos la expone...
JACOBO. El cielo guarda la mia
sin duda para algo grande,
pues que tanto me la cuida.
ULLOA. Don Lope Vazquez, mi amigo,
de quien ya tendreis noticia
por ser hace tiempo en Flándes
de herejes tenaz cuchilla,
llega hoy á Madrid y quiso
conoceros. Os le fia
mi amistad.
JACOBO. Con tal fianza
mi alma su afecto le brinda.
Y vos, don Andrés? (Á Menchaca.)
MENCH. Cual siempre
á su servicio.
MARTIN. Usirías
observen que está la cena.
VAZQ. Santa palabra!
ULLOA. Bendita,
si es ella como el deseo!
JACOBO. Maese! Brava cocina
teneis. (Sentándose todos á la mesa y cenando.)

MARTIN. Para vos es poco.
JACOBO. Y el lágrima?
MARTIN. Está á la vista.
ULLOA. Al asalto pues.
JACOBO. Con él
toda cena se principia. (Beben.)

ESCENA IX.

Los DICHOS en la hostería, EMBOZADOS 1.° y 2.° entran recatándose y se quedan mirando el palacio y la hostería.

EMB. 1.° Cerrada está á piedra y lodo.
EMB. 2.° Álguien hay en la hostería.
EMB. 1.° Son los lindos que en las gradas
para este sitio se citan.
Mala vecindad por cierto
tiene aquí don Juan de Silva.
EMB. 2.° Aquí está Jacobo.
EMB. 1.° Vamos,
no me engañaron.—Vigila...
Harto sé ya de ese hombre;
no le perdamos de vista.
EMB. 2.° Ved quien es.
EMB. 1.° Vea él primero
lo que hace.—En aquella esquina
puedes estar. (Señalando al foro.)
EMB. 2.° Me aguardais?
EMB. 1.° Sí.
EMB. 2.° Vais solo?
EMB. 1.° No me espía
nadie.
EMB. 2.° Señor...
EMB. 1.° Necesito
de todo exacta noticia.
EMB. 2.° La tendreis.
EMB. 1.° Ya de mi carta
responderá su venida.
EMB. 2.° Sí tal.
EMB. 1.° Tambien á estos bravos
ha de alcanzar la justicia.
EMB. 2.° Ved...
EMB. 1.° Quédate aquí.

EMB. 2.° La seña...
EMB. 1.° Como siempre.—Hasta la vista.
(Váse el Embozado 1.° por el foro, y el 2.° se queda por algunos momentos á la vista del espectador y luégo desaparece.)

ESCENA X.

JACOBO, y los demás en la hostería.

ULLOA. De modo que tras un mes
de persecucion contínua,
al llegar á ella esta noche
os ha despreciado altiva!
JACOBO. No es este un vano deseo
de esos que en el alma anidan,
para evaporarse al soplo
de la realidad mezquina.
Es mezcla de mudo asombro
y de adoracion purísima;
es grito de amor que lanza
mi conciencia mal dormida,
y que hace que adore en ella,
lo encantadora, lo esquiva,
lo ingrata, en fin, lo imposible,
de mi amor y de mi dicha.
ULLOA. De modo que si esa dama
fuera libre cual es linda;
casado hubierais con ella?
JACOBO. No he dicho tal.
ULLOA. Si principia
la suerte á seros madrastra
y da en correr la noticia
de que estais enamorado
de veras, va haber albricias
entre padres y maridos,
hermanos, novios y niñas.
JACOBO. Burlad cuanto os diere gana.
Nunca he sentido en mi vida
el afan que há mes y medio
mis pensamientos agita.
VAZQ. Pero quién es ella al cabo?

JACOBO. Permitid que no os lo diga.
ULLOA. Vive Dios! Vos con secretos!
otro sois del que solíais.
MENCH. Es noble.
JACOBO. Garcés se nombra.
ULLOA. Bella?
JACOBO. Para mí divina.
VAZQ. Muy jóven?
JACOBO. Veinte y dos años.
ULLOA. Pobre y vana?
JACOBO. Dulce y rica.
ULLOA. Dádivas hablandan peñas.
JACOBO. La virtud no las codicia.
ULLOA. Ahora creeis en virtudes?
JACOBO. Si hallé pocas en mi vida
prueba eso mi mala suerte,
mas no prueba que no existan.
Echa vino. (Bebiendo.)
MARTIN. Esta es la copa
que usa vuestra señoría.
JACOBO. Es verdad! (Bebiendo en ella.)
MENCH. Ya no se acuerda!
ULLOA. Por cristo que se os convida,
Vazquez, á una conversion
estupenda!
MENCH. Quién diría
que iba Jacobo á tornarse
visionario y cenovita!
ULLOA. Á fray Jacobo! (Brindando.)
JACOBO. Ya basta.
Otra copa! No... la mia! (Bebiendo.)
VAZQ. Siempre el diablo harto de carne
se hizo fraile.
ULLOA. Hay una ermita
cerca de San Blas, en ella
vais á pasar brava vida.
JACOBO. Caballeros, un momento:
aquí mil doblas se tiran...
ULLOA. Á qué?
JACOBO. Quién quiere apostarme
á que ántes de cuatro dias
rindo por amor ó astucia

esa fortaleza esquiva?

ULLOA. Bravo!

VAZQ. Eso ya es algo!

ULLOA. Lázaro!
tu resurreccion principia!

JACOBO. Quién apuesta á que en un mes
el santo Jacobo os quita
vuestras tres damas?

MENCH. Demonio!

ULLOA. Oh! Si se lleva la mia
soy yo muy capaz de darle
esas mil doblas encima.

MENCH. Yo no apuesto...

JACOBO. Dónde viven?
Quiénes son?

VAZQ. Eso sería
mal hecho, callando vos
el nombre de esa conquista.

ULLOA. Otra copa!

JACOBO. Así me agrada;
comencemos por la mia.
Llámase doña Leonor
Garcés.

VAZQ. Sereis su Marsilla!

ULLOA. Cómo! La esposa...

JACOBO. La esposa
del noble don Juan de Silva,
enviado extraordinario
en la córte de Sicilia.

ULLOA. Fama de honrada atesora!

MENCH. Con los hechos lo acredita.

ULLOA. Mucho quiere el rey Felipe
á su marido!

MENCH. Oh! y es linda.

MARTIN. Vive en esta misma calle.

ULLOA. Por eso fué aquí la cita!

MENCH. ¡Difícil empresa!

ULLOA. Y tanto! (Pausa.)

JACOBO. Ahora á mí me maravilla
vuestro silencio...

ULLOA. Esa dama
es muy dama.

JACOBO. Eso me anima
más y más; sigue el partido.
Es la vuestra... (Á Ulloa.)
ULLOA. Doña Elvira
de Sandoval, y su casa
con San Martin hace esquina.
JACOBO. La vuestra... (Á Menchaca.)
MENCH. Estela de Orozco.
Es del Padre Autunez prima,
y segun dicen las gentes
con el duque de Alba priva.
JACOBO. La vuestra, señor don Lope... (Á Vazquez.)
VAZQ. Está en Amberes.
JACOBO. Qué implica
eso para mí.—Su nombre...
VAZQ. Mirad...
JACOBO. Su nombre...
VAZQ. Angelina.
JACOBO. ¡Dios de Dios! (Levantándose aterrado.)
TODOS. (Levantándose.) Qué es eso?
JACOBO. Nada.
Apartad. (Retirándose á un extremo.)
ULLOA. (No está muy fija
esa cabeza! (Ap. á Vazquez.)
VAZQ. (Ap. á Ulloa.) La fama
siempre aumenta.—No hay vacías
más que tres botellas.)
MENCH. Pero
qué teneis? (Á Jacobo.)
ULLOA. Vuestras mejillas
han perdido su color. (Al mismo.)
JACOBO. ¿Qué sospechais? (Turbado.)
ULLOA. Están lívidas.
JACOBO. Sí... teneis razon.—Dejadme...
ULLOA. Pero...
JACOBO. Aquí no se respira. (Queriendo salir.)
MENCH. Os vais? (Á Jacobo.)
JACOBO. Un momento.
ULLOA. Pero...
JACOBO. Vuelvo os digo... (¡Dios me asista!)
(Abre la puerta de la hostería y sale á la calle agitado.)

MENCH. Qué decís?
ULLOA. Extraña noche!
MENCH. Qué pasa?
VAZQ. La cena siga,
que si el célebre Jacobo
tan temprano se retira,
aún quedan cuatro botellas.
Maese, vino!
MARTIN. En seguida.

ESCENA XI.

JACOBO en la calle, los demas en la hostería.

JACOBO. Angelina!... Sí, su nombre
sonó al caer en mi oido
como plomo derretido.
¡Qué hay en esto que me asombre!
no puede haber otro igual?
es que su recuerdo acaso
viene hoy á cerrarme el paso
en mi intento criminal?
Noche espantosa y terrible
aquella en que su razon
de su triste maldicion
me dejó el recuerdo horrible!
«Cuando el alma hecha pedazos
»á otra mujer ames ya,
»mi sombra se interpondrá
»entre tus lascivos brazos.»
Supersticion podrá ser,
pero en mil dudas me pierdo
hoy que me trae su recuerdo
el amor de otra mujer.
Me tacharán de cobarde
si en mi empresa retrocedo...
¡Angelina!... tengo miedo...
pero ya es tarde... ya es tarde!
Dónde se arrastra mi vida
y á dónde irá su corriente
en tan horrible pendiente
como el mar embravecida?

Acabemos!... Dios sabrá
dónde me lleva el destino;
para torcer el camino
de mi vida... tarde es ya!

ESCENA XII.

DICHO, JUSTINA, saliendo con rapidez del palacio.

JUST. Es él!
JACOBO. Si el ángel que ahí mora
fuera libre... ese podría
salvar la existencia mia
de esta fiebre abrasadora!
Quién?
JUST. Justina.
JACOBO. Ah! Ven acá.
Qué ha dicho?
JUST. Jamás la ví
tan descontenta de mí.
JACOBO. Y conmigo, cómo está?
JUST. «Todos van tras la mujer,
»dijo con severo acento,
»sin que detengan su intento
»la conciencia ni el deber.»
JACOBO. Sabe por álguien quién soy?
JUST. Nunca se lo dije.
JACOBO. Bien!
JUST. Fuera eterno su desden
sin el recurso que os doy.
JACOBO. Tanto á su marido quiere?
JUST. Le ama y ausente le llora...
JACOBO. Y él la pagará...
JUST. La adora.
JACOBO. Trae! (Justina le da la llave.)
JUST. Oh! que jamás se entere
de que soy quien la ha vendido.
JACOBO. Feliz ó desventurado
la llave que te he comprado
nadie verá.
JUST. (Aterrada.) Siento ruido.
JACOBO. Es en la hostería.

Espera.

JUST. Todos... Al sonar las diez
reposan.

JACOBO. Oh! Si esta vez
entre mis brazos la viera!
La escalera principal...

JUST. La guarda un criado anciano.

JACOBO. Segunda reja á la mano
derecha siempre?

JUST. Sí tal.
La puerta del camarin
sin el pestillo.

JACOBO. Eso es...

JUST. Dos puertas más, y despues
de la otra antesala, al fin
la suya.

JACOBO. Estarás dormida?

JUST. No iré aunque llame azorada...
desde allí no se oye nada.

JACOBO. (Pobre honra humana vendida!)

JUST. Tengo miedo... Si me ven!...

JACOBO. Toma las treinta monedas
tradicionales —Te quedas
en la antesala. (Le da un bolsillo.)

JUST. Está bien.
Lo hago tan sólo por vos.

JACOBO. Por otro lo harás mañana.

JUST. Oh! No...

JACOBO. Tu disculpa es vana.

JUST. Hasta luégo.

JACOBO. Adios.

JUST. Adios.

(Entra con rapidez en el palacio y cierra la puerta.)

ESCENA XIII.

JACOBO, en la calle.

Ya está mi vida jugada
y su deshonra con ella!
Pura, casta, honrada y bella,

sin saberlo amenazada.
Oh! Qué mayor precipicio!
Si al dormir su juventud
en brazos de la virtud
se despierta en los del vicio!
Maese Martin tiene un vino
capaz de evocar los muertos.
(Abre la puerta de la hostería y entra.)
¡Todavía están despiertos!
Caballeros, de camino!

MENCH. Cómo!

ULLOA. Estais de vuelta ya?

VAZQ. Se os pasó la hipocondría?

ULLOA. Fuego de Dios! Quién diría
que erais bebedor!

JACOBO. (Se acerca á la mesa, coge un vaso grande, y se le bebe de un sorbo.)

VAZQ. Ajah!

ULLOA. Es que el fresco de la noche
os ha abierto los sentidos.

JACOBO. Vámonos! estais dormidos?
(Todos se levantan con dificultad.)

MENCH. Si no me llevais en coche!

JACOBO. Para cumplir mi promesa
de triunfar de esa hermosura,
me place la noche oscura,
me estorba la sobremesa.

ULLOA. Conque esta noche ha de ser!

JACOBO. Pese á quien pese, será.

VAZQ. Caballeros! Vamos ya!
Qué se debe?

JACOBO. Qué es deber?
Aquí todo está pagado.

VAZQ. Rumbo y terror todo junto.

JACOBO. Qué decís?

VAZQ. Que estoy á punto
de quedarme aquí acostado.

MARTIN. No por Dios! fuera un perjuicio
y multa de doble tasa
si os encontrára en mi casa
la ronda del Santo Oficio.

JACOBO. Yo os acompaño.—Venid,

y os dejaré en San Felipe.

ULLOA. Puede que el viento disipe
este mosto de Madrid.

MARTIN. Falerno es!

ULLOA. Adios, Maese.

MARTIN. Dios os dé acierto y fortuna. (Á Jacobo.)

JACOBO. (Ap. á Martin.) (No cierres hasta la una.)
(Salen á la calle.)

VAZQ. Ese es el palacio? (Á Jacobo.)

JACOBO. Ese!
Y callad, que ya su dueño
soñará con los querubes.

VAZQ. Oscuras están las nubes,
muy triste será su sueño.

JACOBO. Qué quereis decir?

ULLOA. Andad
y ayudad, que no me tengo.

JACOBO. Os dejo en Gradas y vengo...

ULLOA. Ella ha accedido?

VAZQ. Guiad.

MENCH. Vamos pues.

JACOBO. Vais muy despacio.

MENCH. Porque de mí no se quejen...

VAZQ. (Con tal que solo me dejen
y llegar pueda á palacio.)

JACOBO. Malas las piernas están. (Riendo.)

ULLOA. Culpa es del bravo Martin. (Desaparecen.)

MARTIN. (En la hostería.) Se escucha ruido?

MOZO. No.

MARTIN. Al fin!
Sal y mira. (Al Mozo 1.°)
(Sale, mira á la calle, vuelve á entrar y cierra la puerta.)

MOZO 1.° Léjos van.

ESCENA XIV.

MARTIN y los MOZOS, en la hostería.

MARTIN. Cierra.

MOZO 1.° Ya está.

MARTIN. Y con presteza.

quitad copas y manteles,
no nos pidan los lebreles
el escote pieza á pieza.

MOZO 1.° Para nosotros, no es cierto?
(Señalando la mesa.)

MARTIN. Si cena os he prometido,
cenad adentro sin ruido,
que mi cuarto queda abierto.

MOZO 1.° (No se vaya á arrepentir...)

MARTIN. Mucho hay!

MOZO 2.° (Sin cena...)

MOZO 1.° (Qué dices?)

MOZO 2.° Nada.

MARTIN. Trae esas perdices
por lo que pueda ocurrir. (Las guarda.)

MOZO 1.° No iba á ocurrir otra cosa
más que comérnoslas luégo.

MARTIN. Y el pastel? y el pollo?—fuego!
cena indigesta y morbosa!

MOZO 1.° (No te lo dije? rebaña
cuanto hay en la mesa... á escape.)

MOZO 2.° (Que va á ver el vino!)

MOZO 1.° (Zape!
al saqueo!)

MOZO 2.° (Cierra España!)

(Cogen todo lo que pueden y se van por la puerta de la derecha, Martin se acerca á ella y cierra. Se dirige al mostrador y saca de él una hucha grande de barro.)

ESCENA XV.

MARTIN en la hostería, un CRIADO en la calle, se acerca al palacio y llama dos golpes. Á poco Justina en la ventana.

MARTIN. Ah! se han ido! cerraremos.
Me quedo solo; gran dia!
Hoy se llena la alcancía
de la semana. Contemos!
(Saca monedas y las cuenta.)
Tarde á casa se retira (Por el que llama.)
el que así llama á su puerta!

(Mirando una moneda.)
Seis, siete...—Parece falsa.
(Llama el Criado otra vez.)
Otra vez.—No le contestan!...
Sueño tienen.
(Justina se asoma á una de las ventanas bajas.)

JUST. Quién?
CRIADO. Justina!
JUST. Quién me nombra?
CRIADO. Alumbra y vea.
JUST. Es Jaime!
CRIADO. El mismo.
JUST. Dios santo!
Tú en Madrid?
CRIADO. Y tras mi llega
don Juan de Silva, mi amo.
JUST. Dios mio! (Y abrir es fuerza,
y el otro tiene la llave...
qué va á suceder?)
CRIADO. Qué esperas?
JUST. Voy á avisar á mi ama
y al Criado...
CRIADO. No me tengas
en la calle. Abre primero
y despues haz lo que quieras.
JUST. Dios me ayude! (Qué será
esta repentina vuelta.)
(Retirándose y cerrando la ventana.)
MARTIN. Cincuenta escudos cabales
y una blanca... hermosa cuenta!
Semana santa y bendita!
Si todas fueran como esta!
(Se acerca á la puerta de la derecha y mira por la cerradura.)
Están bebiendo! bajemos
como es costumbre á la cueva
la alcancía, y en el hoyo
hasta otro sábado duerma!
(Baja á la cueva con la hucha y luz.)
JUST. Entra! (Abre la puerta del palacio al Criado.)
CRIADO. Estabais ya acostados?
JUST. Casi. Y los caballos?...

CRIADO. Quedan
en la otra calle... Y tu ama?
JUST. Baja. (Quedándome en vela
avisar podré á Jacobo.)
CRIADO. ¿Qué haces ahí parada? No entras?
(Los dos entran en el palacio y dejan las puertas abiertas de par en par.)

ESCENA XVI.

JACOBO en la calle, á poco MARTIN en la hostería.

JACOBO. Gracias á Dios que he podido
escapar de sus ternezas!
Creí que no me dejaban
dar cabo y cima á mi empresa.
Es temprano todavía,
mas... qué es lo que miro? abierta
la casa á estas horas... y oigo
dar voces en la escalera
y veo luces... qué pasa?
Ah!... Maese...
(Llamando bajo á la hostería.)
MARTIN. Quién golpea
á estas horas?
JACOBO. Yo, Jacobo.
Abre!...
MARTIN. No son horas estas
de abrír la hostería.
JACOBO. Abre!
ó te echo abajo la puerta!
MARTIN. La ronda...
JACOBO. Abre con mil diablos!
Te vale un doblon...
MARTIN. Es fuerza.
JACOBO. Ó un cintarazo mañana
si aquí en la calle me dejas.
(Martin abre la puerta.)
MARTIN. Entrad. Qué os ocurre?
JACOBO. Calla!
MARTIN. Pero...
JACOBO. Ten. La luz te lleva.
MARTIN. Yo...

JACOBO. Pronto!
MARTIN. Qué será esto?...
(Se lleva la luz; Jacobo abre la ventana y mira á la calle.)
JACOBO. Observemos! Álguien llega!...

ESCENA XVII.

D. JUAN ANDRÉS y CRIADOS por el foro; LEONOR sale de la casa, cuatro criados alumbran con hachas; los dos se abrazan; JUSTINA detrás de todos.

JUAN. Leonor.
LEONOR. Mi señor y esposo!
vos en Madrid.
JUAN. Qué te altera?
LEONOR. Venis enfermo?
JUAN. No tal.
LEONOR. Sin avisar.
JUAN. Era fuerza.
Quien sirve al rey, sólo tiene
para obedecer licencia.
Turbada estais.
LEONOR. ¿Qué más causa
que el temor y la sorpresa?
JUAN. Entremos.
LEONOR. Dadme los brazos
otra vez!
JUAN. Y el alma entera
con ellos!
LEONOR. Alumbrad todos!
JUST. (Se nos ha aguado la fiesta.)
(Todos entran en el palacio y se cierran las puertas.)

ESCENA XVIII.

JACOBO se retira de la ventana, á poco los DOS EMBOZADOS por la calle.

JACOBO. Don Juan en Madrid! ¡Por Cristo
que si doy tarde la vuelta
y entro en la casa... Y ahora!

Yo haré que la astucia venza
á la ocasion que me falta
en tan peligrosa empresa!
La casa tiene ya dueño,
mañana he de entrar en ella!
(Aparecen recatándose y mirando por todas partes los dos embozados.)

EMB. 1.° Entró ya don Juan?
EMB. 2.° Ya ha entrado.
EMB. 1.° Y el otro?
EMB. 2.° (Señalando á la hostería.)
Desde allí observa.
EMB. 1.° Seguidle espiando vos
hasta que á su casa vuelva!!
JACOBO. (Con audacia, en la hostería.)
¡Siempre la fortuna ayuda
al que con su amparo cuenta!
EMB. 1.° (Con solemnidad.) Siempre la justicia alcanza
al que á los vicios se entrega!
(Ántes de retirarse el Embozado 1.° y acabar de salir Jacobo de la hostería, cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio de D. Juan de Silva. Es de dia. Muebles de lujo, pero severos. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINA y ANDRÉS.

JUST. Seguis mal?
AND. Era sin duda
el cansancio del viaje!
JUST. Qué noche nos habeis dado!
AND. ¡Lo mismo que las de Nápoles! (Casi para sí.)
JUST. Sois de allí?
AND. Nací en Venecia,
pero pasé con mis padres
á Sicilia y he vivido
hasta hoy.
JUST. Don Juan os trae
á su servicio?
AND. Tal vez!
JUST. (Misterioso personaje!)
AND. Aún no habrá dejado el lecho
el señor...
JUST. Como era tarde
cuando ambos se retiraron...
AND. (Habré dicho alguna frase!...)

JUST. (¿Si sabría la llegada
de don Juan Jacobo Gratis
y por eso habrá faltado?
Ya salí por fin del lance,
que era mi miedo terrible.)
AND. Quién oyó mis voces ántes?
JUST. Cae al corredor del patio
mi dormitorio, y sin darme
cuenta de quién era, oí
como sollozar, quejarse
y llamar.—Presté el oido,
y como el señor mandase
que os cuidáramos, en pie
me puse, desperté á Jaime
y entramos!
AND. Yo estaba...
JUST. Lívido,
desencajado el semblante
y demandando socorro
con entrecortadas frases.
AND. Nada más?
JUST. Tan solo un nombre
claramente pronunciásteis.
AND. Cuál?
JUST. Angelina!
AND. (¡Dios mio!
no lograré que se aparte
de mis sueños la memoria
desdichada de aquel ángel!)
JUST. Acudimos á prestaros
nuestro auxilio y despertásteis.
AND. Si otra noche aconteciera
una escena semejante,
no os inquieteis.—Adquirí
esa enfermedad en Nápoles,
y son de mis pesadillas
los ensueños tan iguales,
que parecen frutos de una
preocupacion constante.
Mas no es asi. Llega el dia
y ya me teneis tan ágil
y tan tranquilo.

JUST. Pues hoy
áun se os conoce bastante.
AND. Aprension vuestra.
JUST. (Es extraña
la historia! Yo haré que hable.)
Puede ser que la señora
nos haya oido...
AND. No es fácil.
JUST. En todo caso es forzoso
que si llega á interrogarme
yo la verdad le refiera.
AND. Hacedlo pues, si así os place.
JUST. Yo soy discreta.
AND. No dudo.
JUST. Y si vos me encomendarais
el secreto y yo supiera...
AND. Ved que os molestais en valde.
JUST. (¡Extraño huesped nos vino!
poco dure el hospedaje!)
AND. (¡No me abandones, Dios santo,
hasta que mi mal se acabe!)
JUST. La señora.
(Aparece Leonor por la derecha.)
Buenos dias.
Yo he de decir...(Á Andrés.)
AND. (Saludando á Leonor.) Dios os guarde!
(Váse Andrés por el foro izquierda.)

ESCENA II.

LEONOR y JUSTINA.

LEONOR. (¡Extraña noche!)
JUST. Señora...
LEONOR. Qué buscas?
JUST. Nada. (Examinando la escena.)
LEONOR. Qué haces?
JUST. Ver si álguien oirnos puede!...
LEONOR. Á qué son misterios tales?
JUST. El caso es que yo velaba,
y oí rumor en la calle
á las dos... Abrí la reja

que á los corredores sale,
y oí prenunciar mi nombre.

LEONOR. Tu nombre!

JUST. Era suplicante
la voz, y apliqué el oido...

LEONOR. Y qué más?...

JUST. (Ahora va á darme
mi mentira del estado
de su corazon la clave.)
Y ví al galan caballero
que nos sigue á todas partes,
y que os habló anoche mismo...

LEONOR. Cómo!

JUST. En esta misma calle!

LEONOR. Y tú te atreviste...

JUST. Al punto
retrocedí, mas con frases
tan tiernas me suplicaba
que un momento le escuchase,
que yo...

LEONOR. Saber más no quiero.
Si un dia, si un solo instante
vuelves á oir sus palabras,
y audaz ó en hablar tan fácil
á mi á contármelas vienes...

JUST. Yo...

LEONOR. De mi servicio sales.

JUST. Es que...

LEONOR. El que loco me asedia
despues que mi nombre sabe,
no tiene ni la disculpa
de su ignorancia... no acabes.
Jamás en tu boca vuelvan
tales cuentos á escucharse.

JUST. Yo no creí...

LEONOR. Eres muy niña
y tu ignorancia te salve!
La honra de una mujer
es de tan débil esmalte,
que una presuncion la quiebra,
que una sospecha la abate.
Su persecucion me enoja

y me indigna tu mensaje.

JUST. Yo...

LEONOR. Basta. No vuelvas nunca
de quien yo soy á olvidarte.

JUST. (Inútil trabajo... Al otro...)

LEONOR. (Oh! Clavado como un aspid
tengo en mi mente ese nombre...
Que en sueños le pronunciase
dos veces!) Qué haces aún?

JUST. Es que debo daros parte
de un caso extraño ocurrido
en casa esta noche: que hable
es forzoso.

LEONOR. Dílo presto.

JUST. Vereis si es extraño el lance.
Ese anciano que ha traido
mi amo y señor de Nápoles,
y del cual nos encargó
el cuidado á mí y á Jaime,
se retiró á su aposento
tan cansado del viaje,
que ni quiso tomar nada
ni permitió que allí entrase
ningun criado á servirle.
Volvía para acostarme...
de la reja que os he dicho
despues de hablar...

LEONOR. Adelante.

JUST. Cuando al pasar por su puerta
escuché sollozos tales
y tantos gritos ahogados
por entrecortadas frases,
que llamando al escudero
hice que en el cuarto entrase.
Llamóme al punto y entrando
ví á ese anciano revolcarse
en el lecho, demandar
socorro, y dar tristes ayes
cerrados los ojos y
desencajado el semblante.
Dos veces pronunció un nombre
de mujer, única frase

distinta, entre muchas otras
que no entendimos bastante.

LEONOR. Era ese nombre?...

JUST. Angelina.

LEONOR. (Qué es esto? ¡El cielo me ampare!
¡El mismo que ha pronunciado
mi esposo!) Le despertásteis?

JUST. Sí señora; pero al punto
que nos vió y aun sin secarse
las lágrimas que inundaban
su rostro, con voz afable
nos dijo que aquella era
una enfermedad constante
que le aquejaba; obligónos
á irnos, no sin que cerrase
despues él mismo la puerta,
y yo por sí á mal más grave
da lugar esa dolencia,
no quise que lo ignoraseis.

LEONOR. Bien has hecho.—(Él puede entónces
ese misterio explicarme.)
Está despierto?

JUST. Aquí hablaba
él conmigo cuando entrásteis.

LEONOR. Llámale.

JUST. Creo que el amo
viene hácia aquí. (Mirando á la izquierda.)

LEONOR. No le llames.
Yo te avisaré... (¡Qué es esto?)

JUST. (Yo he de averiguar el lance.)
(Váse por la izquierda.)

LEONOR. (¡Misterios tristes me guarda
tan imprevisto viaje!)
(Sale D. Juan por la derecha, y se acerca con cariño á Leonor.)

ESCENA III.

LEONOR y D. JUAN.

JUAN. Leonor mia!

LEONOR. Mi señor...
Tan pronto dejas el lecho!
JUAN. Qué he de hacer, si está mi pecho
ansiando beber tu amor!
LEONOR. Galan admiro á mi esposo.
JUAN. Siempre contigo lo fuí.
Seis meses van ¡ay de mí!
que en obligado reposo
léjos del bien que poseo
y la dicha que ambiciono,
suspira, esclavo del trono,
impaciente mi deseo.
¡Seis meses sin ver un dia
la luz de tus ojos bellos,
y sin que se pinte en ellos
mi enamorada alegría!
LEONOR. Plazo es largo por mi fé
para aficiones constantes.
JUAN. En mí no hay despues, ni hay ántes
para adorarte.
LEONOR. Lo sé.
Mas no fuera lance extraño,
que álguien que tu boca nombra,
servido hubiera de sombra
á esa ausencia de medio año.
JUAN. Oh! Tal idea...
LEONOR. Los cielos
saben si es verdad la mia.
JUAN. Aunque amante te creia
no te creía con celos!
LEONOR. Téngolos yo por ventura?
dítelos nunca?
JUAN. Por eso
me extraña más, lo confieso,
ese acento de amargura,
que está en tus lábios peor
haciendo su triste nido,
que está un gusano escondido
entre el cáliz de una flor.
LEONOR. Nunca tan galan te ví.
JUAN. Siempre me escuchaste igual!
LEONOR. Lo recuerdo entónces mal!

JUAN. Dudas acaso de mí?
Al darte mi noble mano
y á guardar mi honra querida,
puse en tus manos mi vida
y mi corazon cristiano.
Prendas de eterna salud
fué fiarnos con verdad,
tú en mi noble lealtad,
yo en tu cándida virtud.
Un alma hicimos de dos;
nadie la puede romper
sin faltar á su deber
y sin ofender á Dios.

LEONOR. Eso creo!

JUAN. Quien por ley
mi sangre y mi nombre tiene,
esclavo es, si á él le conviene,
del servicio de su rey.
Mandóme de aquí partir,
y aunque el alma me quitara,
yo nunca á verte tornara
si él me impidiera venir.
Servíle bien, y accediendo
á mis ruegos reiterados,
dándome ciertos cuidados
con frases que no comprendo,
me ordenó que aquí volviera
veloz como el pensamiento.
¡Figúrate mi contento,
mi alegría verdadera,
al dar anoche en tus brazos
y al conseguir por albricias
las deliciosas caricias
de tus amantes abrazos!

LEONOR. Lo pintas, señor, tan bien,
que casi dudando estoy
de si mis sospechas de hoy
son amor tuyo tambien.

JUAN. Sospechas... yo darte enojos?
Tus injusticias se atajen.
¿No miras siempre tu imágen
en el cristal de mis ojos?

¡Cuándo hice á tu amor agravios!
¿No tengo para tu gloria
tu amor siempre en la memoria,
tu nombre siempre en mis lábios?

LEONOR. Mi nombre... á creer se inclina
mi fe detalles tan bellos,
si no hubiera visto en ellos
otro nombre.—El de Angelina.

JUAN. Ah!

LEONOR. (Se turba! Era verdad!)
¿Cuándo mi nombre troqué
por ese que te escuché
dos veces?...

JUAN. (¡Fatalidad!)

LEONOR. Y tan bien acompañado
de hondos suspiros sin calma,
que cual salido del alma
al alma mia ha llegado.
Y pues tal nombre escuché,
y yo en tu constancia fio,
si te gusta más que el mio
por ese le cambiaré.

JUAN. Jamás pensé confiarte
desdichas de honras ajenas,
pero al escuchar tus penas
no me es posible engañarte.
Y no he de guardar secreto
que empaña tu confianza,
abrigando la esperanza
de que es tu oido discreto.

LEONOR. Verdad dices?

JUAN. No mo inspira
ninguno odio más profundo
de los vicios de este mundo
que el vicio de la mentira.
Jamás mi lábio manchó
la indignidad de un engaño.

LEONOR. Perdona si te hice daño
injustamente.

JUAN. Eso no.
Las celosas aprensiones
sólo por amor existen.

Traje es que sólo se visten
los amantes corazones.
Oye pues la triste historia
de un deshonor y un castigo
que há seis meses no consigo
apartar de mi memoria.
—Fué un tiempo mi protector,
mi segundo padre casi,
el noble don Luis Moncasi,
duque de Castro-Mayor.
Él guió mi juventud
por el sendero del bien,
y él supo darme tambien
riqueza, honor y virtud.
En Nápoles retirado
vivia cuando yo fuí,
y ántes de un mes te escribí...

LEONOR. Oh! Si!

JUAN. Su fin desgraciado!...

LEONOR. Recuerdo... un arma homicida
su existencia cortó aleve.

JUAN. En aquel instante breve
perdió algo más que la vida.
—Rico floron de sus canas,
de sus tristezas consuelo,
de sus esperanzas cielo
en las desdichas humanas,
era una jóven divina,
fruto de su muerta esposa,
como la ventura, hermosa,
como el sol bella.—Angelina.

LEONOR. Ah!

JUAN. De la suerte el rigor
hizo que un mal caballero,
segun todos, extranjero,
valiente y emprendedor,
la viera en su celosía,
constante amor la jurara
y en su pecho despertara
el amor que en él dormia.
Se amaron; era testigo
de sus amores el cielo

cuando envuelto en negro velo
se hace de la noche amigo.
Y así iba el tiempo corriendo
el triste fin preparando;
él insistiendo y rogando,
ella amando y resistiendo.
Harto sin duda el doncel
de aquella tenaz virtud,
y dando á su juventud
empleo infame y cruel,
escaló una noche oscura
la habitacion de la bella,
logrando alcanzar en ella
su deshonra y su ventura.
Dió voces ella aterrada,
el galan dió á huir acaso,
mas vino á cerrarle el paso
una honra y una espada.
Era el padre de Angelina.
Sacó el galan el acero,
y el anciano caballero
halló su muerte y su ruina.
Huyó el vil tras de su hazaña,
y cuando cobró el aliento
la infeliz, y en su aposento
vió tragedia tan extraña,
tras un ¡ay! del corazon,
de esos que da la mujer,
volvió Angelina á perder
para siempre la razon.
Yo la ví.—Sentí su mal!
no hay quien arrancarla pueda
de Nápoles—allí queda
muriendo en un hospital,
y lanzando noche y dia
al viento que vaga errante
la maldicion que á su amante
su loco cerebro envía.
«Cuando el alma hecha pedazos
»á otra mujer ames ya,
»mi sombra se interpondrá
»entre tus lascivos brazos.»

Yo el cadáver recogí
de mi noble protector,
yo mismo limpié ¡qué horror!
su sangre vertida allí;
y puesta en Dios mi esperanza
juré á su nombre bendito
de tan horrible delito
tomar cumplida venganza!
Busqué... inquirí... ¡todo en vano!
nadie me dió seña alguna
de aquel hombre.—Sólo hay una.

LEONOR. Cuál?

JUAN. Le conoce ese anciano,
ese rondando le vió
varios dias escondido,
y por eso le he traido
en mi compañía yo!
Donde quiera que le esconda
la inmensidad del averno,
aunque le oculte el infierno
en su sima oscura y honda;
yo puesta en Dios mi esperanza
juro á su nombre bendito
de tan horrible delito
tomar cumplida venganza!
Ve si es horrible la historia
de un deshonor y un castigo
que há seis meses no consigo
apartar de mi memoria!

LEONOR. Perdona, señor, perdona
de un temor amante el celo,
y déte su amparo el cielo
ya que tu virtud corona.
Comprendo el alto deber
que á tu gratitud obliga
á que al matador persiga
de quien fué tu padre ayer;
pero ten, señor, en cuenta
al ir á exponer mi calma,
que te amo con toda el alma
y que no es tuya esa afrenta;
que sólo vivo por tí

y que al mirar mi quebranto,
si debes al duque tanto
algo me debes á mí.

JUAN. No temas que mi valor
se exponga á prueba tan dura:
si yo tengo la ventura
de encontrar al matador,
ni tiempo daré á su acero
de buscar el pecho mio;
tanto en mi justicia fio
que le mataré primero.

LEONOR. Salva tu vida preciosa
de toda empresa atrevida,
y no olvides que tu vida
es la vida de tu esposa.

ESCENA IV.

DICHOS y un CRIADO, por el foro.

CRIADO. Un hidalgo modenés
que ha venido en vuestra ausencia,
pide para entrar licencia,
que quiere hablaros.

JUAN. Quién es?

CRIADO. Jacobo Gratis.

JUAN. Su nombre
me es, Leonor, desconocido.

LEONOR. Paréceme haberle oido.

JUAN. Tú!

LEONOR. No sé por qué te asombre...
Poco ó nada salgo yo
de la estancia donde habito...
Puedo haberle visto escrito
en cualquier parte... voy...

JUAN. No,
espera. Puede pasar.
(Al Criado que se va por el foro.)

LEONOR. Tal vez un secreto asunto...

JUAN. Vamos á saberlo al punto.

LEONOR. Pero... (¡Empeño singular!)

JUAN. Despues he de salir yo

y adentro voy por mi espada.
Recíbele.—No te agrada?

LEONOR. Si sales pronto...

JUAN. Pues no!

(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

LEONOR, JACOBO y CRIADO que se retira en cuanto éste pasa.

CRIADO. Pasad.

JACOBO. (¡Ella sola!)

LEONOR. (¡Él!
¡mi perseguidor!)

JACOBO. Señora...

LEONOR. (Valor!) Mi marido ahora
va á salir. (¡lance cruel!)
Dispensad si en su lugar
he de haceros compañía.

JACOBO. Nunca más suerte podría
mi desventura alcanzar..

LEONOR. Ved que no me conoceis,
ni yo os conozco tampoco.

JACOBO. Miedo os causa un pobre loco
que os idolatra.—Qué haceis?...

LEONOR. Llamar á quien tenga á raya
vuestra osadía increible.

JACOBO. Teneis un alma insensible,
no es menester que se vaya.

LEONOR. Oh!

JACOBO. (Bajando la voz.) Quien de noche á esas rejas
fia sus amantes yerros,
escondiendo entre sus hierros
sus enamoradas quejas;
quien sólo por vos suspira,
quien sólo por vos alienta,
quien sólo de vida cuenta
el breve instante que os mira,
quien por tan loca pasion
ve morirse hora tras hora,
bien puede alcanzar, señora,
un rayo de compasion.

LEONOR. Mi esposo, el noble don Juan,
me encarga que aquí espereis...
(Con rapidez y bajando la voz.)
y como otra vez piseis
estos umbrales, mi afan
sabrá al punto mi marido.
JACOBO. Loco mi amor se volviera
si él mismo muerte me diera!
LEONOR. Qué decís?
JACOBO. Lo que he sentido.
Yo mismo se lo diré
y así os librareis de mí.
LEONOR. Qué es lo que decís? Que así
pensais?
JACOBO. Y que así lo haré.
LEONOR. Oh!
JACOBO. Si os estorba mi vida,
decid una frase.
LEONOR. Yo?
JACOBO. El que al veros os perdió,
no la tiene ya perdida?
LEONOR. (Dios mio, qué hacer?) Don Juan...
JACOBO. Hablo?
LEONOR. Respetad mi honor!
JACOBO. Yo...
LEONOR. Dejadme por favor...
(Él!)
JACOBO. (Él!)
JUAN. (¡Turbados están!
(Saliendo por la izquierda.)
Qué sucede?)

ESCENA VI.

DICHOS, D. JUAN.

JACOBO. (Audacia pues!)
Don Juan de Silva.
JUAN. Yo soy.
LEONOR. (¡Inspírame, Vírgen mia!)
JUAN. (Se ha estremecido Leonor...
qué pensamientos me acuden?)

Qué mandais?

JACOBO. Pida mi voz
albricias, pues á ver llego
al ilustre sucesor
de los Tellez de Castilla
y Silvas de Badajoz.

JUAN. Sois?...

JACOBO. Mi nombre es casi oscuro,
de Módena es mi blason
y del Gran Duque soy deudo.

JUAN. Qué os trajo á la córte hoy?

JACOBO. Veros.

JUAN. ¡Á mí?

LEONOR. (¡No doy crédito
á mis ojos ni á mi voz!)

JACOBO. Este pliego que os entrego
es de el Duque mi señor. (Dándole un pliego.)
Dice que os conoce.

JUAN. Es cierto.

JACOBO. Que os guarda su admiracion
desque en las guerras de Italia
compartió el triunfo con vos.

LEONOR. Permitid que me retire...

JUAN. Mi esposa doña Leonor
Garcés. (Presentándosela.)

JACOBO. Jamás más hermoso
semblante mi dicha vió.

JUAN. Es más hermosa su alma.

JACOBO. Podeis dar gracias á Dios.

LEONOR. (¡Qué audacia!)

JUAN. (Tu mano tiembla.)

LEONOR. (Yo...)

JUAN. (Y has perdido el color.)

LEONOR. (Sólo estoy acostumbrada
á oir ternezas de vos,
y ese hombre peca de franco
ó de cortesano.)

JUAN. (No:
es extranjero.)

LEONOR. (Atrevido
me parece.) Guárdeos Dios!
(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

D. JUAN, JACOBO.

JACOBO. Mujer hermosa teneis.
JUAN. Permitid... (Leyendo el pliego.)
JACOBO. (Sentándose.) (Cuál se turbó
al mirarme; vive el cielo
que me vende el corazon!)
JUAN. Mucho el Duque os recomienda.
JACOBO. De su hijo gozo el favor.
JUAN. Díceme que yo os ayude
para cierta pretension
que habeis de lograr del rey.
JACOBO. Mi ilustre padre sirvió
en España mucho tiempo
al invicto emperador,
y mi más pingüe fortuna
radica aquí. Espero yo
lograr del rey que levante
la antigua prohibicion,
de llevar al extranjero
objetos de arte y valor.
JUAN. Al rey Felipe segundo
diré vuestra peticion.
JACOBO. Gracias mil; y pensais verle?...
JUAN. Esta noche.
JACOBO. Ayer volvió.
al Escorial.
JUAN. Á las diez
estaré á sus plantas yo. (Pausa.)
Conociais á mi esposa?
JACOBO. (¡Pregunta extraña!)
JUAN. (Por Dios
que ha tardado en responder!)
JACOBO. Un poco sí, y algo no.
JUAN. No os entiendo.
JACOBO. Yo sabía
vuestra ausencia, mas la voz
corrió de que llegariais
pronto á Madrid, y mejor

juzgué esperar vuestra vuelta.

JUAN. Entónces...

JACOBO. Mas no faltó
quien al pasear un dia
por esta calle...

JUAN. (Levantándose.) Quién? Vos?

JACOBO. Camino es de San Jerónimo,
y al ver tras ese balcon
una dama, me dijeron,
«esa señora es el sol
de Madrid.»

JUAN. Ah! (¡Por mi vida!)

JACOBO. Pero es tan limpio su honor
y su virtud tan austera
y tal su reputacion,
que no ha menester don Juan
más defensa de su honor.

JUAN. Si eso os dijeron no erraron
mas que en la interpretacion;
pues aunque ella es tan honrada
como me merezco yo,
tócame á mí velar tanto
por su honra y por mi honor,
que ni tolerar me agrada
que su humana perfeccion
ande en más lábios que aquellos
que besa su casto amor.

JACOBO. (¡Por Cristo!)

JUAN. Señor Jacobo,
vuestra es mi casa desde hoy,
honradla si así os agrada.

JACOBO. Señor Silva, guárdeos Dios!
(Irme prefiero; los celos
me rasgan el corazon.)

JUAN. Vuestro encargo cumpliré.

JACOBO. Gracias.

JUAN. Hidalgo.

JACOBO. Señor!
(Ay de tí si halla mi fuego
sitio, tiempo y ocasion!)
(Váse Jacobo, despues de saludarse recíprocamente.)

ESCENA VIII.

JUAN solo.

Extraño estremecimiento
toda mi sangre sintió
al figurarme que hablaban
en secreto él y Leonor.
¡Locura, delirio es!
Tal vez la imaginacion
cree ver sin duda copias
del ajeno deshonor.
Ella es quien es, y si ese hombre
loco y atrevido osó
á desearla, no temas
ni suspires, corazon.
La mano que así te oprime
y nota acudir veloz
atropellada la sangre
y siente tu pulsacion,
sabrá arrancarle la vida
que tal deseo alentó.

ESCENA IX.

D. JUAN, LEONOR.

LEONOR. Estais solo?
JUAN. Sí! qué tienes?
LEONOR. Ese hidalgo...
JUAN. Se marchó.
LEONOR. Sé quién es.
JUAN. Nada me has dicho.
Ántes afirmó tu voz...
LEONOR. Sí; que no le conocía.
JUAN. Pues esa contradiccion...
LEONOR. No lo es.
JUAN. Explícate y pronto,
que yo no sé qué temor
mi lengua anuda, y...
LEONOR. Repara

que estoy hablándote yo,
Leonor de Garcés, tu esposa.

JUAN. Ya sé quién eres, Leonor.

LEONOR. Ignoraba de ese hidalgo
la clase y la condicion;
mas preguntando á Justina,
(que siempre corren la voz
del escándalo sirvientas
y criados) me contó
cien historias que demuestran
su vida y su perversion.

JUAN. Ah!

LEONOR. Dice que para ese hombre
no hay nunca obstáculos.

JUAN. No?

LEONOR. Afirma que tiene fama
de audaz y de emprendedor!
que nada respeta.

JUAN. Acaso
sus viles ojos alzó
al tesoro que aquí guardo?

LEONOR. Qué estás diciendo!

JUAN. Leonor,
la verdad quiero saber.

LEONOR. (Ap.) (Su vida en peligro!) No.

JUAN. Entónces, qué á mí su historia?

LEONOR. Por tu recomendacion
puede volver á esta casa,
y en ella no quiero yo
entre hombre que fama tiene
de libertino.

JUAN. (Examinándola.) Esa voz
puede no ser cierta.

LEONOR. Basta
conque pueda serlo.

JUAN. (Oh!
ó finge como ninguna,
ó es un ángel de candor.)

LEONOR. Nunca ha bastado en el mundo
ser esclava como yo
del honor de su marido,
si la pública opinion

ofrece el menor pretexto
al lábio murmurador.

JUAN. Qué exiges?

LEONOR. Que nunca vuelva
aquí ese hombre.

JUAN. Yo te doy
palabra de que se hará.

LEONOR. Oh! Gracias.

JUAN. (Llamando.) Andrés!

AND. (Saliendo.) Señor!

ESCENA X.

DICHOS, ANDRÉS.

JUAN. Sé que has pasado la noche
tan inquieto como yo. (Á Andrés.)

AND. Yo siento haber dado causa...

JUAN. Al morir mi protector
me dejó por sola herencia
su venganza y quien veló
tantos años por sus canas.

AND. Tu esclavo por ello soy.

JUAN. (Ap. á Andrés.) (Mientras el cielo nos da
la sagrada ocupacion
de vengar al duque, aquí
te necesita mi honor.)

AND. (¡Ah!) (Id. á D. Juan.)

JUAN. (Vela, observa, vigila!)

AND. (Qué decís?)

JUAN. (Ausente yo
nada á tu vista se escape.)

AND. (Así lo haré.)

JUAN. (Bien.) Leonor,
precisas ocupaciones
me alejan.

LEONOR. Mi corazon
te aguarda.

JUAN. Esta misma noche
el rey me espera, ahora voy
á pedir hora de audiencia.

LEONOR. Parece que ayer tornó

al Escorial.

JUAN. Para todos
ménos para mí.

LEONOR. Ya.

JUAN. Adios.

LEONOR. Él te traiga pronto.

JUAN. (Y él
me aclare esta situacion.)
(Váse por el foro.)

ESCENA XI.

LEONOR, ANDRÉS.

AND. Señora! (Saludando como para retirarse.)

LEONOR. (Deteniéndole.) Mi buen Andrés.

AND. (Ap.) (Cómo?)

LEONOR. Mi esposo me habló
con gran elogio de tí.

AND. Inmerecido favor.

LEONOR. Sé que has pasado la noche
mal.

AND. Una alucinacion
me aqueja á veces.

LEONOR. Conozco
la causa de tu dolor.

AND. Ah! Vos? Señora.

LEONOR. Imaginas,
Andrés, que capaz no soy
de guardar ese secreto
que don Juan me confió?

AND. No he dicho...

LEONOR. Pobre Angelina!

AND. Señora...

LEONOR. Y ya su razon
no volverá á lucir nunca?

AND. Todos afirman que no.

LEONOR. Tú la has visto?

AND. Desde aquella
noche de crímen y horror,
en que bañado en su sangre

su pobre padre cayó,
y ella deshonrada y loca
maldecía al matador,
no he vuelto á verla.

LEONOR. Aquel hombre...

AND. Ah! de Nápoles huyó.—
Yo que tengo su semblante
clavado en el corazon,
cinco meses he pasado
con incansable furor,
revolviendo piedra á piedra
la ciudad que le escondió.

LEONOR. Y su nombre no sabiaís?

AND. Cartas mil dejó el traidor
que conservaba Angelina.
pero sin firma.

LEONOR. Ya Dios.
quizás habrá castigado
el crímen con su rigor.

AND. Aún resuena en mis oidos
la terrible maldicion
de Angelina... «Cuando el alma...»

LEONOR. Ya la oí... basta por Dios!
Desde entónces...

AND. Desde entónces
no ha vuelto á sonar su voz,
sino para pronunciar
las mismas palabras.

LEONOR. Oh!
Terrible historia!

AND. Ella enseña (Con intencion.)
que no hay vida sin honor,
que no hay salvacion sin honra.
ni bien sin temor de Dios.

LEONOR. Ya lo sé bien.

AND. Quiera el cielo
que no lo olvideís.

LEONOR. Que horror!
Qué dices?

AND. Oh! Perdonadme
si os ha ofendido mi voz.
Consejo es que un pobre viejo

prodiga, hasta sin razon,
á toda dama á quien habla.

LEONOR. Andrés... no me ofendo yo,
pero cree que quien es
cristiana como yo soy,
sabría perder la vida
ántes que perder su honor.

AND. Bendiga Dios tal propósito.

LEONOR. Siempre le bendice Dios.
(Váse Andrés. Queda Leonor sola.)

ESCENA XII.

LEONOR. Pausa.

Ay de mí! Desdichada.
Si temido no hubiera
ver la vida de Silva amenazada,
con qué inquietud gozosa
hubiera confiado á su bravura
la honra inmaculada de la esposa!
Mas no lo debí hacer—fuera locura
hacer saber al hombre
que fia á mi virtud su limpia historia
y su preclaro nombre,
que hay un loco atrevido
que corre en pos de su desdicha cierta,
buscando en mi descuido
dejar al deshonor franca la puerta.
Y ese hombre tiene fama
de audaz y libertino.
¿Por qué Dios le ha lanzado
de repente en mitad de mi camino!
Si es su amor verdadero
como lo finge ser, por qué no advierte
que puede aquí sembrar con su osadía
primero el deshonor, despues la muerte.
Oh! No ha de ser; si mis aleves ojos
la culpa tienen del error ajeno,
mis ojos cerraré: si son mis lábios
para el honor escándalo y veneno,
no se abrirán sino en la noche oscura

para jurar al que su dueño ha sido
mi amor y mi ventura.
Guárdenme de su vista enamorada
tupido el velo, el camarin cerrado;
fija en Dios la mirada
y mi honra guardada,
como oculta un depósito sagrado
previsor avariento,
que al esconder su mágico tesoro
se lo oculta á su propio pensamiento.
Vamos pues... ¿Quién?

ESCENA XII.

LEONOR, JACOBO, por el foro.

JACOBO. (Atajándola el paso.) Leonor!
LEONOR. ¡Dios soberano! (Retrocediendo.)
Él otra vez!
JACOBO. Una mirada sola.
No me importa morir: jamás mi pecho
el amor conoció, y hoy para el mio
es todo el corazon recinto estrecho.
LEONOR. Dejadme!... Atrás!
JACOBO. Impávido y terrible
vengo á buscar en alas de la muerte
las ruinas de ese honor y ese imposible.
En mi abrasada frente
surge un volcan de lava enamorada
que se desborda cual feroz torrente
al rayo celestial de esa mirada.
Yo os amo como adora al tierno niño
la madre cariñosa;
como á la miel que liba de las flores
la alegre mariposa.
Como el pez á las ondas de su rio,
como la flor al alba trasparente,
cuando las perlas siente
que en su cáliz de amor vierte el rocío.
LEONOR. Dejadme por favor!
JACOBO. No; ya es en vano,
yo nunca amé hasta hoy; frio y sereno

si el amor inspiré, yo no sabía
que era el amor mortífero veneno
y con mi propio amor me mataría!
En mí no hay más que tú.

LEONOR. (Ocultando el rostro entre las manos.)
Favor, Dios mio!

JACOBO. No escondas, no, tu rostro avergonzado
á impulsos del desvío;
si en mi alma está grabado
y es su retrato mio,
de qué sirve que ocultes en la calma
tu imágen hechicera,
si aunque tu honor quisiera
no la podrías arrancar del alma?

LEONOR. No más... no más... Socorro! (Gritando.)

JACOBO. Desdichado!

LEONOR. Á mí! (Gritando más.)

JACOBO. Llamad: que acaben con mi vida.

LEONOR. Oh! por mi honor! Huid! (Fuera de sí.)

AND. ¿Habeis llamado? (Apareciendo.)

JACOBO. Adios! (Yéndose.)

AND. ¡Jesús! (Reconociéndole.)

LEONOR. ¡Qué es eso!

AND. ¡El homicida.
Yo te daré el castigo que mereces!
(Sacando la espada.)

LEONOR. Quién es! (Deteniéndole.)

AND. (Aterrado.) ¡¡El asesino de Angelina!!
Maldicion sobre tí!

LEONOR. ¡Jesús mil veces!
(Cae aterrada en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Juan. Puerta al foro y laterales. Puerta secreta á la izquierda, en segundo término. Muebles de la época. Es de noche. Candelabro encendido sobre una mesa. Una lámpara colgada en medio del escenario, de ancha taza, que da poca luz.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, ANDRÉS.

JUAN. Puedes hablar sin temor.
AND. (Receloso.) Con todo...
JUAN. Razon te sobra.
Siempre hay espías dispuestos
á sorprender la deshonra!
(Va á mirar la puerta por si álguien escucha.)
AND. (Tal vez expongo su vida,
y á mí corazon me sobra
para castigar el crímen.
¿Si llego á morir, qué importa?)
JUAN. Habla.—¿Quién es ese hombre
que con su presencia sola
mi corazon ha llenado
de incertidumbre y zozobra?
¿Qué he notado esta mañana
en su voz opaca y sorda,

en su mirada atrevida,
en su sonrisa burlona,
que á impulsos de una sospecha
que pueda manchar mi honra
no se me aparta su imágen
un punto de mi memoria?

AND. Cumpliendo vuestro deseo
bajé á la hostería próxima,
donde, segun me dijísteis,
acorren á todas horas
los jóvenes que de audaces
en Madrid la fama logran.

JUAN. Y has averiguado?...

AND. Todo.
No sabe hablar de otra cosa
el hostelero que de ese
Jacobo Gratis. Las copas
en la mano, y los dos solos,
me ha relatado su historia!

JUAN. Ah!

AND. Dice que hace tres meses
llegó con Guillermo Sforcia,
embajador de Venecia,
ese hombre. Que nació en Módena
y que trajo del Gran duque
cartas recomendatorias
para todo lo que encierra
de ilustre la córte toda.
Desde aquel dia le vieron
luciendo galas y joyas
en calle Mayor y Prado,
Gradas, Sotillo y Moncloa:
y rodeado de lindos,
y siempre con gente moza,
de perseguidor de damas
alcanzó rápida gloria.
En nada noble se ocupa
ni nada sério le abona;
gasta el oro á manos llenas,
tiene caballo y carroza,
y sus mejores amigos,
que rara vez le abandonan.

son los que dan que hacer siempre
á alcaldes, justicia y rondas.
Terror, cual llamarle suelen
los que le admiran y elogian,
de padres y de maridos,
cifra su ventura sola
en correr tras de contínuas
aventuras amorosas;
y es su mano tan segura
y su espada está tan pronta,
que ni en afrentar se pára
ni satisfacer le importa.
Estas son de este mancebo
la condicion y la historia,
que todo Madrid conoce
y sabe la córte toda.

JUAN. (¿Y hombre así á mi casa llega
sin que le pare y le imponga
de doña Leonor la fama
y de los Silvas la honra!
¿Qué es esto, don Juan, qué es esto?
qué recelos ó qué sombras
tu preclaro honor empañan
y tu confianza borran!
Prudencía.) ¿Y nada has sabido
de si en esta calle ronda,
de si á esta casa se acerca,
de si en sus muros se apoya,
ó si hablar álguien le ha visto
con criados ó con mozas
de mi casa?

AND. Ciertamente:
dice que una noche sola
le vió hablando con Justina
en una reja que toma
vuelta á la otra calle.

JUAN. Basta.
(¡Honor, despertar te importa!)
Mi mente preocupada
vertió su injusta zozobra
en tu pecho... tus noticias
me tranquilizan de sobra.

Á nadie palabra digas
de ese mozo y de esa historia.

AND. Cúmpleme decir que hoy mismo
ese hombre á la media hora
de haber vos salido, escasa,
volvió aquí.

JUAN. (¡Dios me socorra!)
Quién le dejó entrar?

AND. De amigo
vuestro con el nombre se honra.

JUAN. Y á quién vió?

AND. Sin duda alguna
á doña Leonor.

JUAN. (¡La cólera
me ciega!)

AND. Pero yo pude
escuchar á la señora,
«que no recibe visitas
»de nadie cuando está sola.»

JUAN. Salió?...

AND. En seguida.

JUAN. (¡Dios mio!
que esto pase!) Vete ahora
y descansa—ya mi encargo
es inútil.

AND. Aún me toca
velar, si como habeis dicho,
el rey, que Dios guarde, os honra
recibiéndoos esta noche.

JUAN. Razon tienes... será corta
la audiencia... y volveré presto.
Ya te avisaré.

AND. (No ignora
ya que debe estar en vela...
lo demás á mí me toca!)

ESCENA II.

D. JUAN.

Ah! me ahogaba el fingimiento!
Tras tantos años de honra,
cómo un momento de duda

el corazon empozoña!
Ese hombre con un pretexto
entrada en mi casa logra:
ese hombre que sólo vive
en empresas amorosas,
habla de noche á Justina,
que la confianza goza
de Leonor; ese hombre vuelve
á mi casa, apenas nota
mi ausencia de ella, y ese hombre
sin causa á tanto se arroja?
¡No puede ser! Oh! quién duda
que la criminal lisonja
cerrados oidos abre
y altivas soberbias doma?
Ella es noble!... ¡ella es mujer,
y si ausente la abandona
quien velar por ella debe
y á quien su virtud importa,
qué extraño es que bella y jóven
si un dia al cristal se asoma,
busque alabanzas ajenas
no escuchando ya las propias!
Pero... esto servir no puede
de disculpa!... ¡Dios me acorra!...
La carta del rey!... ya entiendo
aquellas frases ahora!...
(Saca una carta y la lee.)
Aquí está!—«Torna, don Juan,
»á mi lado; y ve que tornas
»en servicio de tu rey.
»Distancias y plazo acorta,
»que ambos ganaremos mucho,
»yo en lealtad y tú en honra.»
Nécio de mí que creía
que esta frase era sinónima
de merced ó de favor
que el rey daba á mi persona.
Aquí lo dice bien claro.
«¡Yo en lealtad y tú en honra!»
¡Luego hasta el mismo rey sabe
mi deshonor!... luégo toda

la córte será testigo
de mi vergüenza irrisoria!...
Oh! una prueba! ¡qué más prueba
que esta frase misteriosa
que mi corebro desgarra
y mi corazon destroza!... (Pausa.)
¡Cuatro ó seis generaciones
honrado honor amontonan
en un nombre; sacrificios,
vidas, hazañas, memorias,
van dando á ese nombre brillo
y á ese claro honor corona.
Virtud, honor y respeto,
altos hechos, buenas obras,
cubren ese honrado nombre
con su inmortal aureola;
y cuando brilla más alto,
cuando más méritos goza,
de una mujer la sonrisa,
de un hombre una frase sola,
hunde por siempre en el fango
de la ignominia afrentosa
nombre, timbres, poderío,
virtudes, hazañas y honra.
¡Qué ley es esta que fia
de tantos siglos la historia,
al capricho quebradizo
de una mujer nécia ó loca?
¡Valor! para ahora te quiero,
no me abandones ahora!
Ella! que oculte mi calma
este dolor que me ahoga!

ESCENA III.

D. JUAN y LEONOR.

LEONOR. Os vais ya?
JUAN. Pésaos acaso?
(Mal su impaciencia reporta!)
LEONOR. Mucho holgara que pudiérais
retardar hasta la aurora
vuestra marcha.

JUAN. Ya te he dicho,
y hoy tienes mala memoria,
que el rey para todo el mundo
partió al Escorial; mas nota
que dije que para mí
está en Madrid.—Es la hora
á que me espera.—He de darle
cuenta reservada y pronta
de mi comision en Nápoles,
y mucho verme le importa.

LEONOR. Oh! Entónces vuelves al punto?

JUAN. Pésate?

LEONOR. No sé qué nota
mi cuidado en tus palabras,
que me extraña y me acongoja.

JUAN. No sé yo qué noto en tí;
solícita y cariñosa
estás, y aun así parece
que mi presencia te estorba!

LEONOR. Á mí?

JUAN. ¡Aprensiones sin duda!

LEONOR. Qué dices? ¡Tu vista torva
diriges á todas partes!
y tu sonrisa sardónica
parece que nace á impulsos
de una reprimida cólera.
¡Qué te pasa, esposo mio!

JUAN. Si esposo tuyo me nombras,
yo no puedo tener nada
que en mi rostro no conozcas!

LEONOR. Habla, señor, de otra suerte,
que las almas que se adoran
no han menester de disfraces
para entenderse ellas solas.

JUAN. Qué has hecho en mi corta ausencia
de esta tarde?... No respondas
sin recordarlo...

LEONOR. En mi cámara
he permanecido sola
hasta tu vuelta.

JUAN. Recuérdalo
mejor.

LEONOR. No sé qué te enoja.
(Si el secreto le descubro
y á ese hombre reta en su cólera,
y del padre de Angelina
al vengar la horrible historia
sucumbe en la lucha...Oh! yo
sabré defenderme sola.)
JUAN. No ha venido nadie?
LEONOR. Nadie.
JUAN. (Por qué lo oculta traidora?)
LEONOR. (Sospechará de mí acaso?)
JUAN. Pues si á buscarme álguien torna
cuando yo no esté á tu lado,
guarda bien en tu memoria
su nombre porque me des
cuenta de todo. Mi esposa
eres y eres en mi casa
como mi propia persona!
LEONOR. Así lo haré.
JUAN. Y si algun día
cualquier hidalgo te enoja
con su atrevida mirada
ó su palabra amorosa,
no me lo ocultes.
LEONOR. No entiendo...
JUAN. Sabes mucho ó mucho ignoras.
LEONOR. Sea cual fuere el motivo
de tus frases insidiosas,
que yo no he de preguntarte
pues tú en ocultarle gozas,
te diré que soy quien soy,
que Leonor Garcés me nombran,
que del honor de mi esposo
soy tan leal guardadora,
que ofenderle creería
compartiendo recelosa
con él sospechas ajenas
ó cavilaciones propias.
No te digo esto con causa,
señor, de que desconozcas
la mujer que Dios te ha dado
y falta en ella supongas,

sino porque la calumnia
tanto en la desdicha goza,
que no es dificil te hiera
escondida entre las sombras.
Si así sucede, la escuchas
con sonrisa desdeñosa,
y alzando hácia mí los ojos
á ios mios interrogas,
que su cristal es tan limpio,
que tu voluntad absorta
verá en ellos trasparente
asomarse el alma toda.

JUAN. Tiene, segun aseguran
la tradicion y la historia,
la mujer tal poderío,
tal mando sobre sí propia,
que es capaz de hacer que el alma
cuando á los ojos se asoma
vista del pudor el traje
aleve y engañadora.

LEONOR. Para los ojos que mienten
hay en las espadas hojas,
y hay en el cielo castigo
para las almas traidoras.
Pero... ¡ay! del que á la inocencia
injustas heridas hondas,
con sospechas infamantes,
pretende hacer y hacer logra!...

JUAN. Leonor!...

LEONOR. Demos aquí punto:
ni yo soy de esas personas
que escuchar pueden sospechas,
ni vos sereis de esas otras
que aún comprender no han podido
el corazon de su esposa.
Don Juan de Silva! mi mano
en el altar os dí pronta;
y hoy, lo mismo que aquel dia,
vuestra honrada diestra toca...
Si sabeis de alguna dama
á su marido traidora,
preguntadle cómo tiemblan

las que su nombre deshonran,
y sabreis que cuando el alma
por un crímen se sonroja,
por temor de que la vean
nunca á los ojos se asoma!

JUAN. ¡Perdon, Leonor mia!

LEONOR. Vaya,
que la aventura es donosa:
eso ni conmigo reza
ni á vos, mi marido, os toca.
Id con Dios, y si os pregunta
hoy el rey por vuestra esposa,
decidle que ella os ha puesto
en vez de retratro ó joya
(Colocándole la daga que está sobre la mesa.)
este puñal en el cinto,
con el cual si se le antoja
puede ser cualquier marido
el médico de su honra. [1]

JUAN. Así te juro que al rey
se lo ha de decir mi boca.

LEONOR. Guárdete Dios, y ven pronto!

JUAN. Tal vez ántes de una hora.
Andrés!

AND. Señor!

ESCENA IV.

DICHOS, ANDRÉS, á poco JUSTINA y CRIADO.

JUAN. Duerme en calma,
que si á álguien velar le toca,
no es á tí.—Por mí y por ella
sabe bien velar mi esposa.
Justina!

LEONOR. (Señor, qué intentas!)

---

1 No se alude con este verso á la comedia de Calderon escrita muchos años despues del en que se supone la accion del drama, sino á la tradicion que dió orígen á la primera, más antigua que dichas obras, dos siglos por lo ménos.

JUST. Qué mandais?
JUAN. Jaime que corra
cerrojo y barra.—Yo salgo
de Madrid, y hasta la aurora
no volveré.
LEONOR. (Qué decís?)
JUAN. (Disimula, que así importa.)
Blas que lleve el alazan
á Porta-Celi, y que todas
las criadas y escúderos,
en seguida se recojan.
JUST. Bien, señor.
LEONOR. (Qué es lo que intenta?)
JUAN. Adios, pues.
JUST. (¡Noche dichosa!)
JUAN. Hasta mañana, bien mio!
LEONOR. Dios os guarde!
JUAN. Que él os oiga.
(Vánse D. Juan, Justina y Criado por el foro.)

ESCENA V.

LEONOR y ANDRÉS, que se coloca en seguida á la ventana, y mira á la calle con ansiedad.

LEONOR. Qué quiere decir don Juan?
AND. (Oh! de impaciencia me abraso!)
LEONOR. (Sabe por desdicha acaso
su atrevimiento y mi afan?...)
Andrés...
AND. Esperad... señora.
LEONOR. ¿Por qué su salida espía?
(¿Qué hay que temer, honra mia?...
Mi marido nada ignora;
mas al ver su pensamiento
le he dado bien á entender
que nada debe temer...)
Qué haces, Andrés?
AND. Un momento.
Salió... ya... léjos le miro!...
echan la barra al porton.
(Se apartan de la ventana.)

Albricias ya, corazon!

LEONOR. Qué sucede?...

AND. Este suspiro
de mi agitacion extrema,
revela la pesadumbre...

LEONOR. Oh! qué extraña incertidumbre...

AND. Señora, esta hora es suprema!
Tened en mí confianza,
y se lograrán mejor
la defensa de ese honor
y el placer de mi venganza.

LEONOR. No entiendo...

AND. Don Juan no ignora
que ese hombre os persigue ciego;
y que abrasado en su fuego
os busca y os enamora.

LEONOR. ¿Sospecha entónces de mí?
no eran sus frases antojos...
¿Pero no ha visto en mis ojos
la verdad que le ofrecí?

AND. Sabe que á veros volvió,
sabe que su audacia es mucha;
más no sabe que en tal lucha,
vos velais, y velo yo.

LEONOR. Mas cómo entónces se aleja
y su afan no me confía?

AND. Sabe que Justina un dia
con ese hombre habló á su reja;
y por si á él está vendida,
facilita la ocasion
de que esta noche el ladron
penetre y pierda la vida.

LEONOR. Aquí!

AND. Pero no temais.
Vos os quedais retirada
en esta estancia olvidada,
mientras que yo...

LEONOR. Á dónde vais!

AND. Oh, mi razon se alucina
de placer, sólo al pensar
que voy á poder vengar
la deshonra de Angelina,

y que de su padre muerto
el alma que vaga errante,
no vendrá ya vacilante
á agitar mi sueño incierto.
Él va á penetrar sin duda
audaz, atrevido y loco.

LEONOR. Oh!

AND. No repara en tan poco,
que Justina le da ayuda.
Y yo, miserable anciano,
con quien no querrá luchar,
de seguro le he de dar
muerte con mi propia mano.

LEONOR. Aquí! en mi casa! Viniendo,
aunque loco y atrevido,
por mis ojos atraido
y por mi virtud sufriendo!
Y he de ser yo el lazo infame
que de su suerte decida,
y le oiré perder la vida
cuando me busque y me llame!
Y su sangre manchará
el umbral de mi vivienda
como una indeleble ofrenda
de su amor!—No, no será.

AND. Á la compasion se inclina
tu pecho por un traidor?

LEONOR. Yo sé bien guardar mi honor
sin asesinar.—Justina! (Llamando.)

AND. Qué intentaís!

LEONOR. Venga si quieres
léjos de aquí su delito.
Su muerte no necesito.—
Justina! (Llamando.)

AND. (¡Nécias mujeres!)

JUST. Señora...

LEONOR. (Á Andrés.) Guarda el porton
en tanto viene mi esposo.
No atentes á mi reposo.

AND. Ah!

LEONOR. Ni á mi reputacion.

AND. ¡Y se escapará el infame!

LEONOR. Responsable eres de todo
cuanto ocurra!
AND. (No hallo modo...)
(Váse por el foro.)
LEONOR. Sube cuando yo te llame.

ESCENA IX.

LEONOR y JUSTINA.

LEONOR. Ven aquí, nécia y traidora!
Dí, por cuánto me has vendido?
JUST. Cómo?...
LEONOR. Dónde has escondido
tu ingratitud hasta ahora!
JUST. Qué decís?
LEONOR. Yo tu niñez
amparé con nécia mano;
á tu pobre padre anciano
socorrí más de una vez,
y tú en cambio, siempre alerta
para el mal con loco error,
á mi propio deshonor
ofreces franca la puerta!
JUST. Señora!
LEONOR. Tu confesion
sólo salvarte podrá...
díme lo que has hecho.
JUST. Ah!
Perdon, señora, perdon!
LEONOR. Habla: de tu alma vendida
díme el crímen que te abrasa,
que cada instante que pasa
puede costar una vida.
JUST. Piedad! piedad para mí!
Yo pensé que no intentaba
nada contra vos.
LEONOR. Acaba.
Hablaste á Jacobo?
JUST. Si.
LEONOR. Cuántas veces?
JUST. Dos, señora.

LEONOR. Y una fué anoche?
JUST. Así es.
LEONOR. Despues de entrar yo.
JUST. Despues.
LEONOR. Y dónde y cómo á esa hora?
JUST. Sin cesar me perseguía
hace ya un mes, Dios lo sabe,
porque le diera la llave
que la última reja abría.
LEONOR. La que sale al corredor
de mi dormitorio?
JUST. Sí.
LEONOR. Ah! miserable de tí!
Dílo todo, es lo mejor!
JUST. Y anoche despues que vos
le escuchásteis despreciándole,
le dí la llave citándole
para esa reja á las dos.
LEONOR. ¡Tú le ibas á hacer entrar
mientras yo entregada al sueño
en los brazos de otro dueño
iba infame á despertar?
Tú has vendido el honor mio
contra tu dueño, tirana?
¡cabe en la perfidia humana
tu horrible cálculo frío!
Esa llave...
JUST. La tiene él.
LEONOR. Y va á venir?
JUST. Va á venir
puesto que ha visto partir
á don Juan!
LEONOR. Noche cruel!
Y matan al que asesina
ó al que nos roba arrojado;
al que un misterio ha negado
de la religion divina;
ó al que hiere en desafío,
ó al que ambiciona el poder;
ó al que esclavo viene á ser
de su propio desvarío,
y no hay penas ni cordeles

ni dan los jueces castigos
á estos viles enemigos,
á estos criados infieles,
que abrigados al calor
del lecho donde hallan pan,
siempre dispuestos están
á robarnos el honor!

JUST. Señora! yo impediré... (Queriendo irse.)

LEONOR. Es que pretendes huir?
No, si tienes que sufrir
tu castigo!

JUST. Ya lo sé...
pero dejad que á la reja
vaya.

LEONOR. Á qué? á facilitar
que ese hombre pueda llegar
hasta aquí?

JUST. Si no me deja
tu piedad, entrará osado!

LEONOR. Tú apagarás su osadía?

JUST. Gritaré.

LEONOR. Por vida mia!
gran medio has imaginado!
Primero vender mi honra
y luégo gritar deseas
para que tú misma seas
el pregon de mi deshonra!

JUST. Matándome pasará,
pero de otro modo no.

LEONOR. Llévate esas luces... Oh!
quién sabe si dentro está!

JUST. Qué intentais? (Cogiendo la luz para retirarse.)

LEONOR. Quedar guardada;
que mientras tu voz me cuida
creo que estoy más vendida.

JUST. No temais, no temais nada.
Tiempo será.

LEONOR. ¡Dios me acuda!
si en mi casa entrar le ven,
quién creerá en mi honra, quién?

JUST. Corro!...

LEONOR. Oh! Dios! ven en mi ayuda!

(Váse Justina por la izquierda con la luz. Queda la escena alumbrada débilmente por la luz de la lámpara del techo.)

ESCENA VII.

LEONOR.

Qué soledad... todo en calma!
no se escucha el menor ruido;
sólo llegan á mi oido
las tempestades del alma,
y el acompasado son
con que con fuerza inaudita
la sangre se precipita
á entrar en mi corazon!
¡Qué es lo que debo temer!
Por qué se estremece el pecho!
¿Por qué razon Dios ha hecho
tan cobarde á la mujer,
si hay instantes en la vida
en que defender la toca
como inespugnable roca
y como leona herida,
de su virtud el altar
y su nombre esclarecido,
y el honor de su marido
y la honra de su hogar!
(Va á una panoplia y coge una daga.)
¡Valor!... tenerle sabré:
de bien poco necesito;
que si es cobarde el delito
yo en mi virtud tengo fe.
Dios mi brazo fuerte hará...
¿Habrá Justina impedido
su venida?... Siento ruido....
y es por esta puerta! Ah!
(Viendo entrar á Jacobo por la puerta contraria á donde se fué Justina y escondiéndose con rapidez detrás de un gran sitial.)

ESCENA VIII.

DICHA, JACOBO.

JACOBO. Me pierdo en los corredores
de este maldito palacio,
y he recorrido su espacio
sin encontrar servidores.
¿Por qué causa no estaría
Justina para guiarme?
Si un criado llega á hallarme
la ocasion se perdería.
Que si esta noche está ausente
don Juan de Silva, mañana
fuera ya mi empresa vana.
(Mirando por la izquierda.)
Luz... hácia esta parte hay gente.
Por aquí debe de ser...
este corredor estrecho.
(Dirigiéndose á la puerta primera.)
¡Cómo palpita mi pecho!
¡Como adoro á esa mujer!
(Al ir á salir se interpone á su paso Leonor.)
LEONOR. Dónde vais?
JACOBO. Dios santo! Vos!
LEONOR. Y despierta.
JACOBO. (¡Qué me pasa!)
LEONOR. Qué buscais en esta casa?
JACOBO. Estamos solos los dos... (Con recelo.)
¿Qué he de buscar sino el dia
en la noche tormentosa
de esta pasion borrascosa
que destroza el alma mia?
¿qué es lo que buscar podría
de esos bellos lábios rojos,
el que sólo alcanza enojos,
el que sólo logra agravios
del carmin de vuestros lábios
y del sol de vuestros ojos?
LEONOR. Si como decis, soy bella,
maldita belleza mia

que da causa á la osadía
de que me querais por ella.
Si es la hermosura una estrella
y al hombre su luz deslumbra,
¿por qué el hombre se acostumbra
imaginar que cobarde
sólo para el vicio arde,
y sólo al delito alumbra!
¿Vos me buscais?

JACOBO. Es así!

LEONOR. Venís resuelto?...

JACOBO. Sí á fé.

LEONOR. Podeis morir?...

JACOBO. Ya lo sé.

LEONOR. Vuestro amor es tanto!

JACOBO. Sí.

LEONOR. ¿Qué os hace creer que en mí
hallareis ménos rigor?

JACOBO. La inmensidad de mi amor.

LEONOR. Tan inmensa como el mar
virtud Dios me quiso dar.
De una vez... ó poco á poco...
¿cómo podreis ¡pobre loco!
esta virtud agotar?
Sola estoy y sin defensa.
Llegad á mí decidido;
léjos está mi marido,
cerca tengo vuestra ofensa.
El hombre que lograr piensa
á una mujer á traicion
no malgasta la ocasion;
la teneis y vacilais?...
¿Por qué temblando buscais
con la mano el corazon?
Por qué vos habeis venido,
sabiendo ya vuestra mano
cómo se hiere á un hermano,
cómo se mata á un marido;
cómo, audaz y fementido,
á lograr un hombre acierta
á una pobre mujer muerta
con un beleño traidor;

¿pero qué hace un seductor
con una virtud despierta?

JACOBO. Qué es lo que hace? No cejar
aunque le cueste la vida:
el que sepa mi venida
sin honra os ha de juzgar.
Yo no volveré á encontrar
noche á mi plan más segura;
este amor ó esta locura
lograré, que así me abrasa,
aunque abriera en esta casa
yo mi propia sepultura!

LEONOR. Por última vez os ruego!
Idos!

JACOBO. En vano lo esperas.

LEONOR. Muerte os doy.
(Sacando la daga y amenazándole.)

JACOBO. ¡Aunque me dieras
con ella el eterno fuego!

LEONOR. ¡Ciego estais!

JACOBO. Pues si estoy ciego,
sé de mi locura juez!

LEONOR. Señor, por última vez! ..

JACOBO. Si por tí llegué á cegar,
cómo he de poder mirar
la antorcha de tu honradez?
Venga la muerte en tus brazos!

LEONOR. (¡Señor, en mi amparo ven!)

JACOBO. Mátame en ellos, mi bien!
¿qué más hechiceros lazos?
¡haz mi existencia pedazos!

LEONOR. (Señor, tú quieres mi ruina.)

JACOBO. Si ese puñal se destina
á mi pecho... dónde vas? (Abrazándola.)

LEONOR. ¡Atrás, Jacobo!

JACOBO. ¡No!

LEONOR. ¡Atrás!
¡asesino de Angelina!

JACOBO. Oh! ese nombre! calla! no!...
(Retrocediendo aterrado.)
creo ver su sombra en tí!

LEONOR. ¡Angelina!

JACOBO. No! hay de mí!
huye! calla!...
LEONOR. Escucha!
JACOBO. (Ocultándose el rostro.) Oh!
LEONOR. «Cuando el alma hecha pedazos
«á otra mujer ames ya,
«mi sombra se interpondrá
«entre tus lascivos brazos!»
JACOBO. ¡Su maldicion!!
LEONOR. ¿Qué te asombra?
JACOBO. En tus lábios!... en mi oido!...
quién eres? á qué has venido?
huye! fantástica sombra!
calla!... ya la veo... sí..
surge del suelo á mi paso...
aire!... aire!... yo me abraso!
aparta! aparta de mí!
LEONOR. De su padre matador,
ruina de su juventud,
verdugo de su virtud,
qué has hecho de tu valor?...
JACOBO. Oh! mi corazon estalla!...
el fuego abrasa mi frente!
Angelina! Dios clemente!
Huye!
LEONOR. Ven!
JACOBO. No! calla! calla!...
mi cabeza!... mi razon...
ya más no puedo sufrir!...
aire!... me siento morir!
Perdon! Dios mio!... perdon!
(Cae desplomado en el suelo.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN y ANDRÉS, por el foro CRIADOS con luces.

JUAN. Abrid!...
LEONOR. Mi marido!
JUAN. ¡Abrid!
(Leonor abre. Entra D. Juan con la espada desnuda.)

¿Adónde ese infame está
que hace de mi nombre ya
escándalo de Madrid?

LEONOR. De mi honrada resistencia
prueba tienes en su estado...

JUAN. Despierta, traidor! malvado!

LEONOR. Ya no es tuya su existencia.

AND. En vano al perdon se inclina
esa generosa mano.

LEONOR. Calla!

AND. Es ese hombre el villano,
el seductor de Angelina!

JUAN. Dios de Dios, ¡no se escapará
de mi vengativo intento!

LEONOR. No le despierta tu acento.

JUAN. Cobarde! (Fuera de sí.)

LEONOR. Rezando está!

JUAN. Yo le mataré rezando;
no hay para ese hombre otra ley.
(Aparecen por la puerta secreta los Embozados 1. y 2.°)

ESCENA X.

DICHOS, EMBOZADO 1.° y 2.° que queda en el foro.

EMB. 1.° Aparta! (Á D. Juan.)

JUAN. ¡Señor!

LEONOR. ¡El rey!

EMB. 1.° Espera.—Yo te lo mando! (Pausa.)
Sal de ese estupor profundo, (Á Jacobo.)
alza tu culpable frente,
y repara que está enfrente
de tí, Felipe Segundo. (Pausa.)

JACOBO. Estas ricas vestiduras, (Volviendo en sí.)
mis joyas y mis riquezas,
de las humanas grandezas,
cárceles negras y oscuras,
es fuerza, ¡oh rey! que recobres;
son desde este instante tuyas
para que las distribuyas
á tu gusto, entre los pobres.

Yo cortado mi cabello,
desnudo y ensangrentado
el pie, y á un cordel atado
que despedace mi cuello,
pediré de puerta en puerta
el pan de todos los dias...
mientras las lágrimas mias
hallan las del cielo abierta.
Jamás Dios al pecador
niega su perdon contrito,
que si es inmenso el delito,
aún es su bondad mayor.
¡Perdon, Leonor y don Juan!
¡Perdon, rey y señor mio!
¡Perdon, mi Dios! yo confio
en los que á tu lado están...
Ellos pedirán por mí:
aplaca ¡oh Dios! tus enojos,
ya que estos míseros ojos
jamás se alzarán á tí. (Cae de rodillas.)

JUAN. Señor, y se librará
de mi justicia el crüel?

EMB. 1.° Á Dios ha tornado, es de Él!
No nos pertenece ya.
Esta casa hoy claro ejemplo
de virtud y fé cristiana,
haré derribar mañana
para construir un templo,
donde de esta triste historia,
y esta santa conversion,
la pública tradicion
guarde pérpetua memoria.
Célebre hará su desgracia
en un plazo perentorio,
su tumba, en el oratorio
del CABALLERO DE GRACIA,
donde un siglo de otro en pos
acudan con fé contrita,
á creer en la infinita
misericordia de Dios.

FIN DEL DRAMA.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Birlibirloque..... ..	1	Caballero y Reig.....	L. y M.
Cantar victoria.....	1	Maestre.	L.
Dos siglos en una hora, *revista*....	1	Maestre y Arnedo.....	L. y M.
El faldon de la Levita.....	1	G. Perrin.....	L.
El gran Turco.....	1	Perrin y Nieto.....	L. y M.
El Mascoto.....	1	Cuartero y Taboada.....	L. y M.
El lápiz mágico.....	1	Palomino de Guzman....	L.
En el otro mundo..... .	1	M. Nieto.....	M.
El mono Ton-Kóng.....	1	A. Croselles.....	L.
Entre dos tios.....	1	Segovia y Nieto.....	L. y M.
I comici tronati.....	1	Palomino, Cuesta y Mangiagalli.....	L. y M.
La venganza de Mendrugo.....	1	Palomino y Mangiagalli..	L. y M.
La del tren.....	1	Croselles y Taboada.....	L. y M.
La mantilla blanca.....	1	Navarro.....	1/2 L
La gran noche.....	1	Juan Maestre.....	L.
La vuelta de Mendrugo.....	1	Juan Maestre y Arnedo...	L. y M.
Música del porvenir.....	1	Nieto.....	M.
Por una corbata.....	1	M. Nogueras.....	L.
¡Pobre gloria!.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Un lio en el ropero.....	1	Zumel y Croselles.....	L.
Valiente pesca.....	1	Juan Maestre.....	L.
Las mañanas del Retiro.....	1	L. Arnedo.....	M.
La oracion de san Antonio.....	1	L. Arnedo.....	M.
La cruz de fuego.....	3	Pedro Miguel Marqués...	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 20, y *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *Don Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

15 E